





DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

D. JULIÁN RIBERA Y TARRAGÓ

EL DÍA 6 DE JUNIO DE 1915



MADRID
«Imprenta Ibérica».—Estanislao Maestre
Calle de las Pozas, 12.—Teléfono 3.854
1915



DISCURSO

DEL SEÑOR

D. JULIÁN RIBERA Y TARRAGÓ

Señores Académicos:

Hoy se realiza uno de los dorados sueños que más me ilusionaron con tentaciones halagadoras en mi ya lejana juventud. Os lo digo ingenuamente, no por el deseo de insinuarme en vuestros ánimos a fin de atraerme vuestra benevolencia (pues de ella estoy seguro, ya que me habéis honrado llamándome a vuestro seno), sino como desahogo de un sentimiento profundo de verdadera gratitud. Se os hará evidente con pocas palabras.

Cuando allá en mis mocedades frecuentaba yo la Universidad, iba aprendiendo las disciplinas de Filosofía y Letras sin vocación señalada y especial a ninguna de las múltiples ramas que abraza esta carrera: todas me atraían, como al turista que recorre por primera vez un país desconocido; pero al cursar la asignatura de Lengua árabe, noté una novedad en el maestro: éste, hombre llano y asequible, brindábase a la comunicación frecuente y a la intimidad; no sólo incitaba a sus alumnos al estudio de esa lengua como disciplina universitaria, sino que los estimulaba y animaba a aprenderla como medio o instrumento de investigaciones futuras; y aun se ofrecía generosamente a seguir prodigando sus enseñanzas en su propio domicilio, a prestar libros y medios de iniciación y hasta compartir las labores con sus discípulos más aventajados.

Aquello causóme impresión muy viva por lo halagadora e inusitada: tal desprendimiento y generosidad eran rarísimos, al menos en esa forma tan franca y tan sincera. Aún me acuerdo de la primera entrevista que tuvimos en su casa:

apenas iniciada la conversación, fué a buscar un viejo manuscrito moro cuya edición comenzaba entonces: la *Asila* de Abenpascual, empresa en que se había empeñado con acuerdo, ayuda y protección de esta Academia. En aquel manuscrito vi una revelación plástica de lo que se podía hacer con paciencia y laboriosidad: resolví dejar en segundo término todos los demás estudios, para dedicarme exclusivamente a la especialidad, a la que, si he de hablar aquí con el corazón en la mano, no había imaginado nunca ni pensado siquiera inclinarme; pero me decidió la consideración de que en ella podía encontrar lo que en otras no se me ofrecía: un guía experto y un camino anchuroso y fácil que convidaba a satisfacer y colmar todas las ansias y entusiasmos científicos.

En esta Academia hallábanse entonces dos insignes arabistas de honrosísima memoria: Gayangos y Saavedra, que eran, para mi maestro, amigos entrañables, consejeros leales y cariñosos, ayudas de valimiento, de quienes a toda hora me estaba hablando el Sr. Codera con respeto y con cariño. Estos dos sabios y esta Academia, constituían los amores casi exclusivos de mi querido maestro: con ellos y con esta Academia comunicaba, pliego tras pliego, las novedades históricas que el texto del manuscrito ofrecía; y como mi maestro tuvo la bondad de asociarme inmediatamente a sus trabajos, y él profesaba singular y entrañable devoción a la Academia que fomentaba sus estudios y atendía con vivo interés su empresa, no ha de sorprender que, junto con las enseñanzas y los afectos con que me distinguía, se haya infiltrado hasta lo más hondo de mi alma la afección a la Academia que fué el motivo de que mi vocación se fijara y se decidiese.

Si a esto se agrega además el haber tenido vosotros la delicadeza exquisita de elegirme para sustituír aquí al Sr. Saavedra, comprenderéis claramente la satisfacción que me habéis proporcionado: me obliga a perdurable gratitud.

Ese varón insigne fué, para los que tuvimos la dicha y el honor de tratarle y de apreciar su mérito, un hombre de vastísima cultura, de gran lucidez de entendimiento y de altísimo valor moral: un sabio, un prudente, un bueno. Yo no me atrevo a juzgar de sus publicaciones y libros en materias

extrañas a mis aficiones; sí puedo decir que si, en esas alcanzó a sobresalir como en sus obras acerca de la historia árabe, debe considerársele como distinguidísimo polígrafo. De estudios arábigos, que constituyeron un entretenimiento de sus escasos ocios, escribió libros con que se honrarían otros que exclusivamente se hubieran dedicado a tales materias. Su obra acerca de la *Historia de la invasión árabe*, es una maravilla de agudeza, de ingenio y de sagacidad: con pocos y no bien concertados textos tejió una narración de tal valor histórico, que les será difícil prescindir de esa versión a los futuros historiadores. Su *Discurso* de entrada en la Real Academia Española, constituye la obra más completa que se ha escrito sobre la literatura aljamiada, a la que han de acudir los especialistas, siempre que de tales materias traten, pues hizo un catálogo minucioso y concienzudo de todos los manuscritos que entonces se conocían. Y su traducción del Edrisí es trabajo fundamental, donde puso de relieve sus excepcionales conocimientos geográficos de la Península. En esta parte no ha habido quien pueda ponerse en parangón con él.

Pero lo más digno quizá de ser recordado por nosotros, es la participación asidua que en el progreso de los estudios arábigos tomó, ayudando generosamente a los demás.

Son estos estudios, bien por lo escaso del número de personas que a ellos se dedican, bien por las supercherías a que siempre se han prestado, bien por el hieratismo en que algunos los han envuelto, disciplinas que suscitan nerviosa emulación profesional, de envidietas o celos entre los que las cultivan, sobre todo en épocas en que la ignorancia general fomenta la vanidad literaria o la pedantería de los iniciados.

Saavedra se conservó, por su entereza de carácter y rectitud moral, completamente libre de tales pasioncillas: mantuvo estrecha, leal y constante amistad con Gayangos, su maestro; ayudó y aun colaboró en la publicación de las obras de Simonet, del que le separaban abismos espirituales; y hermanó íntima y cordialmente con mi maestro, Codera.

Eran, al parecer, ambos amigos, hombres de carácter

muy distinto: el uno, flexible y dúctil en el trato social, afable y comunicativo, de fácil expresión; insinuante y hábil, como hombre de mundo, para las relaciones y el comercio de la vida; el otro, aragonés sencillo, de conducta franca y rectilínea, algo esquivo, retirado y de pocas palabras, que salen como explosión de convicciones íntimas, cuando la oportunidad las promueve. Pero eso fué la apariencia: coincidían en idénticas, severas y puras inclinaciones morales y religiosas; participaban de los mismos ideales y criterios, amplios y holgadísimos, en materia social y política; y les unía el lazo firmísimo de sus desinteresadas y nobilísimas ambiciones científicas.

Saavedra, por esas dotes especiales, constituyó el brazo derecho de Codera, fué realmente el que dió eficacia a muchas de las iniciativas de éste y contribuyó, de ese modo, al desenvolvimiento de los estudios arábigos, logrando consolidar en España una tradición científica de vida y actividad superiores a las que se mantienen en otras ramas del saber, y aun coordinar el trabajo permanente de generaciones sucesivas, condición necesaria para el arraigo de estos estudios, hasta el punto que, en el terreno donde antes sólo se destacaban plantas efímeras y de escaso desarrollo, malogradas por los celos y pasiones, se ha formado una corriente de estrecha, unida y apretada fraternidad científica, que ha venido a fecundizar el campo sembrado por aquellos insignes varones.

Saavedra desplegó toda su generosa solicitud, no sólo aconsejando y animando, sino también apoyando a todo joven de mérito que mostrara vocación por esas disciplinas: procuraba, no sólo abrirle y facilitarle los caminos para proseguir su iniciación y perfeccionar sus aptitudes, sino ofrecerle y prestarle toda su influencia social y política y las muchas y buenas amistades particulares que mantenía con los hombres de mayor prestigio en España. ¿Cómo ha de extrañar el que los discípulos de la escuela de Codera conserven devota veneración por la memoria de aquel ilustre sabio?

Y he de repetir que, como yo he sido uno de los más fa-

vorecidos personalmente por Saavedra, agradezco con toda mi alma la designación vuestra para que reciba yo una herencia que me es tan cara y tan honrosa.

Para recibirla con algún decoro no me pareció bien venir con las manos vacías: quise ofreceros el más valioso fruto de mi huerto, el trabajo que juzgara más digno de la memoria de tan insigne maestro, el más interesante que he podido encontrar. Sólo me ocurre la duda de que, tal vez por apresuramiento, aún lo traiga un poco verde, sin aquella madurez que yo hubiese deseado. De todos modos, si la mejor ofrenda es aquella que con mejor voluntad se ofrece, ésta se ha llevado toda la mía.

Con el simple enunciado os percataréis de la trascendencia del punto elegido: HUELLAS, QUE APARECEN EN LOS PRIMITIVOS HISTORIADORES MUSULMANES DE LA PENÍNSULA, DE UNA POESÍA ÉPICA ROMANCEADA QUE DEBIÓ FLORECER EN ANDALUCÍA EN LOS SIGLOS IX Y X; es decir, un estudio acerca de la infancia de nuestra historia literaria verdaderamente nacional, cuando comenzó nuestra lengua romance a formar una literatura popular genuinamente española.

Al tratar de explicar en un trabajo mío (1) el origen del sistema lírico popular de los moros andaluces, la moaxaha, supuse la necesidad de la existencia de una lírica romance, en la España musulmana, de donde aquél derivase. Esa inferencia la creía yo seriamente fundamentada en los siguientes hechos: el ser, tal sistema, de invención popular y no erudita; el aparecer en tales poesías asuntos europeos, inexplicables por tradición arábiga; y constituír sistema estrófico, extraño completamente a la métrica arabe. Por consiguiente, exigía,

---

(1) Véanse *Discursos leidos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Julián Ribera el día 26 de Mayo de 1912* (Madrid, Maestre), págs. 36 y 37.

para ser explicado, la influencia de una literatura popular indígena mantenida en capas sociales inferiores.

La convicción en mí era completa; pero hube de confesar que tal aseveración no estaba autorizada por testimonios históricos directos que afirmaran la existencia de composiciones poéticas en puro romance (1). Hoy tengo la satisfacción de poder presentar testimonio histórico, de autoridad innegable, que afirma que el poeta que inventó el género, Mocádem el de Cabra (muerto antes del 912 de J. C.), empleó el romance en tales composiciones. El historiador de la literatura arábigo-española Abenbassam (2) lo dice terminantemente en su *Addajira* (3). He aquí el texto árabe:

قال ابو الحسن وكان هذا ابو بكر [عبادة بن ماء السماء] (4) فى ذلك العصر [الدولة العامرية والحمودية] (4) شيخ الصناعة وامام الجماعة سلك الى الشعر مسلكا سهلا فقالت له غرائبه مرحبا واهلا وكانت صنعة التوشيح التى نهج اهل الاندلس طريقتها ووضعوا حقيقتها غير مرقومة البرود ولا منظومة العقود فاقام عبادة هذا منادها ومرسلها ومنادها (5) فكانما لم تسمع بالاندلس الا منه ولا اخذت الا عنه واشتهر بها اشتهارا غلب على ذاته وذهب بكثير من حسناته وهى اوزان كثير استعمال اهل الاندلس لها فى الغزل والنسيب (6) تشق على سماعها مصونات الجيوب بل القلوب واول من

---

(1) *Discursos* citados, pág. 36, nota.

(2) Vide, sobre este autor, Pons Boigues, *Historiadores y geógrafos arábigo españoles*, pág. 208. Abenbassam es portugués, de Santarén. En 477 estaba en Lisboa; en 494 fué a Córdoba. Murió en 542 (1147-1148).

(3) Tomo I de la الذخيرة لابن بسام, códice de la Biblioteca de París, folios 124 r.° y 124 v.°, biografía de Abubéquer Obada ben Ma Assamá. El docto escritor tunecino, mi cariñoso amigo, Abdelguahab Hasán Husni, que posee otro ejemplar manuscrito de la misma obra, tuvo la dignación y el desprendimiento de enviármelo aquí a España, para que pudiera también aprovecharlo. Señalo las semejanzas y diferencias entre ambos.

(4) Según el códice de Abdelguahab Hasán Husni, de Túnez.

(5) En el códice de Túnez añade وقوم ميلها وسنادها.

(6) Siguiendo la lectura del códice de Túnez en que aparece más clara esta palabra.

صنع اوزان هذه الموشحات بافقنا واخترع طريقتها فيما بلغنى مقدم بن معافى القبرى (1) الضرير وكان يصنعها على اشطار الاشعار غير ان اكثرها على الاعاريض المهملة غير المستعملة (2) ياخذ اللفظ امى (3) والعجمى فيسميه المركز ويضع عليه الموشحة دون تضمين (2) فيها ولا اغصان وقيل ان ابن عبد ربه صاحب كتاب العقد اول من سبق الى هذا النوع من الموشحات (4) ثم نشا يوسف بن هارون الرمادى فكان اول من اكثر فيها من التضمين فى المراكيز يضمن كل موقف يقف عليه فى المركز خاصة فاستمر ذلك شعراء عصره كمكرم بن سعيد وابنى ابى الحسن ثم نشا عبادة هذا فاحدث التضفير (5) وذلك انه اعتمد مواضع الوقف فى الاغصان فيضمها كما اعتمد الرمادى مواضع الوقف فى المركز واوزان هذه الموشحات خارجة عن غرض كتابنا هذا اذا اكثرها على غير اعاريض اشعار العرب

El texto transcrito es único entre los conocidos hasta el presente; por sus afirmaciones rotundas y decisivas y por los datos importantísimos, para la historia literaria, que nos proporciona acerca de esta forma poética romance, requiere estudio pormenorizado respecto de multitud de cuestiones, que trataré de realizar algún día; mas para nuestro intento actual basta traducir de él el párrafo siguiente:

«El primero que compuso poesías de la medida o clase de las moaxahas en nuestro país [Andalucía] e inventó ese género, fué Mocádem ben Moafa, el de Cabra, el Ciego, el

---

(1) El nombre de este poeta aparece en los dos manuscritos incorrectamente y con variantes. Cotejado este pasaje con los similares correspondientes de las obras árabes impresas de Abenjaldún y Abenaxáquer (que en este particular coinciden con Abenbassam y con citas de Abenhayán, en su *Almoctabis* (ms. de Oxford) y la biografía que trae Addabí (edición Codera-Ribera), he corregido el nombre del poeta.

(2) Siguiendo la lectura del códice de Túnez en que aparece más clara esta palabra.

(3) En el de Túnez dice العامى او العجمى, en vez de امى والعجمى.

(4) Falta en el de Túnez este párrafo, que sigue, de historia literaria, coincidiendo con el de París en las dos últimas líneas.

(5) En el ms. التصفير.

cual las compuso empleando versos cortos (es decir, semejantes a los hemistiquios de la métrica árabe); pero la mayor parte de estas composiciones las hizo en formas métricas descuidadas, sin arte escrupuloso y *usando la manera de hablar del vulgo ignaro y* LA LENGUA ROMANCE. A esas frases vulgares o romances, llamábalas estribillo (1). Con tales versos cortos [no subdivididos en hemistiquios] componía la moaxaha, sin llegar a [formas perfectas en] la combinación y enlace de las rimas y sin que esos versos fueran realmente elementos orgánicos del conjunto de la estrofa» (2).

Se nota en este párrafo el tono despectivo con que este historiador de la literatura española, hombre de refinado clasicismo, nos relata, como cosa despreciable y casi indigna de referirse, un suceso que, para nosotros, tiene importancia inmensa en la historia de nuestra cultura nacional; sin querer, nos proporciona un dato preciosísimo: por una parte, nos señala el origen de un género literario, el de las moaxahas y los zéjeles, genuinamente español, que constituyó luego, por perfecciones sucesivas, un modelo imitado en casi toda la redondez de la tierra: en gran parte de Europa cristiana y en casi toda la extensión del imperio musulmán en la Edad Media (3); por otra, levanta el velo que cubría una incógnita que se iba ya trasluciendo: la existencia de una poesía romance en la España musulmana a fines del siglo IX y principios del X; es decir, que antes de amanecer las literaturas vulgares romanceadas en Europa, aparecía una literatura popular romance aquí en la Península, en el punto en que

---

(1) Traduzco así la palabra técnica مركز autorizado por varias citas de Abencuzmán en que de modo indudable la explican. Zéjeles, XVI, LI y LII de su *Cancionero*. Además esta palabra significa también, en acepción común, *estribo*.

(2) Sospecho que Abenbassam trasladó esta noticia de una obra de Obada ben Ma Assamá acerca de los poetas españoles. Obada, como perfeccionador del género, explicaría las modificaciones que él introdujo, y Abenbassam debió copiar la explicación en la biografía que dedicó a Obada.

(3) Véase mi citado *Discurso*, pág. 40 y sigs.

menos se podía sospechar: en el centro de la Andalucía musulmana.

Ahora bien; si dentro de la España musulmana en tiempos tan antiguos pudieron coexistir dos literaturas populares, una árabe (como lüego demostraré) y otra romanceada, influyéndose mutuamente en la técnica poética y en los asuntos, ¿hay motivo ninguno para que se mantengan las prevenciones tradicionales de los hombres instruídos (1), contra la posible influencia en géneros literarios que tienen un común origen y han vivido juntos como hermanos en una misma casa solariega?

La afirmación de Abenbassam no sólo disipa las dudas que pudieran caber en ese respecto, sino que nos abre las puertas a nuevas direcciones en la investigación histórica. Una de las primeras a que excita la curiosidad es la siguiente: Esa poesía popular romanceada, ¿a qué género pertenecía? ¿Fué puramente lírica o fué también épica?

Abenbassam viene a citar esa poesía romanceada como etapa primera de un género esencialmente lírico; no nos autoriza, pues, a afirmar que pudiera existir alguna poesía épica. Sin embargo, la forma torpe, descuidada y popular que nos describe en esas primeras composiciones de Mocádem, nos hace sugerir la idea de que nos hallamos en el período primitivo de una literatura, y es difícil concebir en los princi-

---

(1) Milá y Fontanals (en sus *Obras completas*, tomo V, página 278) se pregunta, refiriéndose a los musulmanes de España: ¿Hubo poesía popular narrativa entre los árabes? Todo el saber y agudeza de Schack (que se atrevió a sostener la existencia del género épico en España musulmana) no alcanzan a descubrirla. Si hubo poesía popular, no fué narrativa; y la narrativa no fué popular.

Menéndez y Pelayo, en su *Antología*, II, 70, dice que «en materia épica ninguna persona medianamente culta admite influencia formal». En el tomo I, págs. lviii y lx expresa convicción parecida en lo artístico.

Renán y Dozy se expresaron de modo idéntico. Véase mi *Discurso* citado, pág. 3.

pios de una literatura una separación de géneros poéticos en que se abstraigan o distingan, viviendo apartados, lo lírico y lo épico. En las nacientes literaturas no suele haber tal separación: si el pueblo canta, lo canta todo. Unicamente cuando se llega a desarrollos superiores, es cuando lo lírico se separa de lo épico.

Pero aunque esto parezca verdad indudable (1), no satisface tanto al entendimiento como el certificarse directamente de que la realidad fué así.

¿Y cómo llegar a esa demostración?

Es indudable que el método empleado por nosotros, al inferir la existencia de la lírica, tiene virtualidad, por cuanto ha venido luego la confirmación histórica por medio de testimonio irrecusable. De la existencia de una lírica en lengua árabe, pero popular y genuinamente española, sin precedentes clásicos, inferí entonces la existencia de otra popular romanceada. Apliquemos, pues, ese mismo procedimiento de investigación a la épica. ¿No será prueba evidente de la existencia de una poesía épica romance en Andalucía, la existencia real de una épica árabe coetánea escrita en metros vulgares, ajena a la tradición árabe clásica, sobre todo si esas composiciones épicas árabes están informadas por materias o asuntos peculiarmente españoles?

Dozy, muy conocedor de la poesía árabe clásica afirma (2), «que en ella no existe epopeya, ni siquiera poesía narrativa, porque es lírica y descriptiva exclusivamente.» Si, pues, encontramos en la literatura árabe española composiciones épicas o narrativas de sucesos de la historia genuina-

---

(1) Esto da a entender un maestro de gran autoridad en tales materias: Gaston Paris. *Histoire poétique de Charlemagne*, pág. 1. Dice que la épica y la lírica suelen coexistir; y que comienzan confundiéndose; en algunos pueblos no se separan; en la poesía heroica nacional suelen ir mezcladas.

(2) *Histoire des musulmans d'Espagne*. Leyde, Brill, 1861. Tomo I, pág. 13.

mente nacional, habremos de atribuirlas a influencias indígenas, a tendencia literaria de los españoles, ya que no pueden explicarse por influencia de la literatura clásica árabe, la cual, según Dozy, no tiene epopeya y es exclusivamente lírica.

Cabalmente ocurre que dos composiciones muy populares de la naciente literatura árabe de España, en el siglo IX, son poemas históricos de carácter esencialmente narrativo o épico: el de Algazal y el de Temam ben Alcama. Ninguno de ambos ha tenido la suerte de llegar hasta nosotros, a pesar de haber sido muy divulgados en su tiempo; pero quedan descripciones que, aunque cortas, son lo bastante explícitas para juzgar ahora, con algún conocimiento, de la forma poética y del contenido de ambas. Abenhayán (1) nos dice textualmente:

«El poema de Algazal tuvo por objeto describir la conquista de España por los árabes; está escrito en metro *rechez* (2); es largo y de atractivo estético; expone en forma poética la narración de las expediciones guerreras que por entonces se llevaron a cabo, con pormenores minuciosos acerca de las batallas que ocurrieron entre musulmanes y españoles; y se enumera la serie de gobernadores que rigieron a España. El autor realizó una obra perfecta, tratando

---

(1) Apud Almacarí, I, 178. Algazal, Yahia ben Hacam, poeta cortesano de Abderrahmen II, ejerció varias veces el oficio de embajador en cortes europeas y hubo de tratar con reyes cristianos. Vide Almacarí, I, 223, 629, 633. Dozy, en sus *Recherches*, II, 269, refiere sus aventuras en la corte normanda. Al regresar pasó dos meses en Santiago de Galicia. Es casi seguro, pues, que poseería el romance, que le habilitaba para esas funciones diplomáticas. Abensaid afirma también (Almacarí, II, 123) que Algazal escribió un poema histórico que fué imitado posteriormente por Abutálib Elmotanabí, de Alcira, en poema del que se aprovechó luego Abenbassam en su *Addajira*.

(2) El metro *rechez* es el más bajo, chabacano, pedestre, sencillo y fácil de la métrica árabe; es casi prosa, el más adecuado para la improvisación y desdeñado por quien se precie algo de poeta instruído.

los sucesos ocurridos en todos sus aspectos. Este poema estuvo muy divulgado.»

El de Temam ben Alcama, según el mismo historiador (1), es un poema célebre, compuesto también en metro *rechez*, cuyo objeto era narrar la conquista de España. Menciona los gobernadores y los califas, y describe sus guerras desde la entrada de Táric hasta los últimos días del emir Abderrahmen II.

Estos informes nos dan la evidencia de que los tales poemas fueron narrativos, bastante extensos, de contenido esencialmente histórico o épico; y, por referencias de otros historiadores, se sabe que en ellos entraron narraciones populares y tradiciones orales españolas (2). Cosa perfectamente explicable y natural: Algazal era, según todos los indicios, de raza española, y Temam, aunque era de familia árabe, se había ca-

---

(1) Apud *Al-hollato's-siyará* de Benalabar. Vide *Notices sur quelques ms. arabes*, por R. Dozy (Leyde, Brill, 1847-1851) ateniéndose a la autoridad de Abenhayán y Arrazi. Para noticias de Temam ben Alcama, véanse, además del lugar citado, Abenadarí, II, págs. 26 y 75; Benalcutía, págs. 101 y 103, y Dozy, *Recherches*, II, 268.

La existencia de una poesía épica árabe popular nos la confirma Abensaíd en su *Almóshib* y Abenelyasé en su *Almógrib* (apud Almacarí, I, 167), los cuales copian una casida que (dicen) recitó Táric ben Ziad contando las conquistas suyas en España. Dice Abensaid: «estos versos se han transcrito por consideración y respeto al que los dijo; pero *no porque tuviesen mérito literario alguno*».

Había versos árabes vulgares «en los que los chicos no se equivocaban». Almacarí, I, 49, refiriéndose a tiempos de Alhacam II.

(2) Benalcutía (edición de la R. A. de la Historia, pág. 6) traslada en su crónica un resumen en prosa de parte de ese poema, en que trata de los hijos de Witiza, de la suerte que les cupo durante varias generaciones, en especial de Sara la Goda y de la descendencia que tuvo por casamientos con nobles árabes, etc.

sado con la hija del Conde cristiano de Andalucía (1), conducto por el que podía enterarse de las tradiciones familiares de algunos linajes godos, cuyos hechos narra.

Este enlace del poeta moro con mujer española de noble estirpe, es de notar, porque explica algunos hechos que serían, sin él, inexplicables. Se concibe que un árabe como Temam se sintiera entusiasmado e inspirado para cantar las gestas de los hombres de su raza, v. gr., las peripecias y aventuras de la venida de Abderrahmen I, en las cuales intervino de modo principal un ascendiente suyo, que lleva su mismo nombre, Temam ben Alcama; pero no es creíble que se le ocurriera presentarnos a un godo, como Artabás, recibiendo ceremoniosamente, como un rey, a los jefes árabes más conspicuos, con Asomáil a la cabeza, tratándolos despectivamente, siendo ellos de la misma raza del poeta; ni sintiera gusto de narrar la entrevista un poco violenta de Artabás con Abderrahmen I, ni aun las aventuras de Sara la Goda y de toda la familia de Witiza (2). El haber incluído esos asuntos en su poema, sólo se puede explicar por mediación de un elemento puramente indígena, es decir, la mujer española con quien el poeta se casó, la cual comunicaría a su marido las leyendas populares tal como corrían entre andaluces que gustasen de recordar las hazañas de la gente de su pueblo.

Resultado: que en los albores de la literatura árabe española, antes de que amaneciesen los primeros ensayos en prosa de la historia nacional, de Abdelmélic ben Habib, de Benalcutía, etc., nos encontramos dos obras poéticas narrativas, cuya materia había penetrado en ellas por influencia del

---

(1) Con la hija de Romano, que ejercía la suma autoridad entre cristianos. Véase el *Nócat el Arús* de ABENHÁZAM, publicado por Seybold en la *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada*, y *España Sagrada*, tomo XI, pág. 14.

(2) BENALCUTÍA (pág. 5) alude a estos hechos en la parte de su crónica donde narra, por autoridad de Temam, lo contenido en el poema de éste.

medio español popular y no por la del clasicismo árabe: demostración clara de que la primitiva historia de los musulmanes españoles (1), escrita en lengua árabe, aparece como consecuencia de una fermentación épica popular indígena. No debe sorprendernos, pues que ambos poemas sean citados por los historiadores posteriores como testimonio de sus narraciones acerca de los tiempos primitivos (2).

Ahora bien: ¿en qué lengua correrían tales narraciones de gestas en aquellos siglos?

Hemos de recordar que la lengua romance nacional era de uso común en toda la España musulmana: usábase de modo corriente en el sur de Andalucía, en el oeste de la Península, en Toledo, en Murcia, en Valencia y en Aragón; hasta fué la lengua ordinaria entre el vulgo, y aun entre la no-

(1) Hemos de insistir para que no haya confusión en las ideas, o se formen ideas falsas, en que el adjetivo *musulmán* no es sinónimo de *árabe:* es cosa distinta; como el adjetivo cristiano no es sinónimo de judío, aunque la religión cristiana haya nacido en Judea y fueran de raza judía los apóstoles que la predicaron. Una cosa es la religión; otra, la raza

(2) Además de los dos mencionados poemas se podría citar una multitud de otros de tiempos posteriores; pero la mayoría de ellos, influidos ya por el pedantismo clasicista, como los de Ahmed ben Abderrábihi no conservan la sencillez y naturalidad de forma de los primitivos.

En tiempos de Almanzor, sin embargo, hubo de haber extraordinario florecimiento de poesía épica y guerrera. Acompañábanle en sus expediciones una nube de poetas asalariados con el fin de contar y celebrar sus hazañas, y entre ellos los había de todo género, desde el más elevado e instruído, hasta el poeta chabacano y popular. Los historiadores recuerdan especialmente que en la expedición a Santiago de Galicia, hubo poetas que contaron en verso todas las hazañas guerreras en ella ocurridas, desde el principio de la expedición hasta el fin, sucesos, batallas, etc., etc. Addabí, pág. 149.

bleza, en la propia capital del reino, donde estaban los musulmanes más instruídos (1).

Hay que pensar, además, que la lengua árabe no pudo

---

(1) Como la extensión del uso del romance en la España musulmana es fundamento y arranque de estos estudios, conviene acumular cuantas autoridades se encuentren, aun las menos expresivas, de fenómeno social de tanto interés. Aunque el docto Simonet le dedicó un magistral estudio (en su *Glosario)* y yo le haya tratado varias veces (véanse mi traducción de Aljoxaní, *Historia de los jueces de Córdoba*. Madrid, Maestre, 1914, pág. xx, y mi *Discurso*, ya citado, pág. 19 y sigs.) conviene insistir presentando nuevos testimonios.

Acerca de Toledo se conserva una anécdota en Abenpascual (biog. 281). A un austero y prestigioso misionero musulmán toledano del siglo xi) se le consultó acerca *de los que no sabían hablar el árabe*. El contestó: «Si *pronunciáis* bien vuestras obras, no os perjudicará [a vuestra salud espiritual] *la lengua que habléis*.» Esto indica, por lo menos, que allí el árabe no era hablado por todos. ¿Qué lengua hablaban? La *Primera crónica general* (publicada por R. Menéndez Pidal, pág. 632, 2.ª col., Madrid, 1903) dice del sabio toledano Alguacaxi que era *tan ladino que semeiaba cristiano*. Indicio al menos de que en Toledo se hablaba el romance.

Respecto de Murcia he podido encontrar dos testimonios claros que se completan. Benalcutía (edición citada, pág. 109) cuenta que al presentarse el ejército de Abdala ante la capital de Daysam ben Ishac (fines del siglo ix, principios del x) el pueblo *gritó, en el dialecto de aquella tierra,* pidiendo paz. (Para asegurarme del significado de la frase que traduzco, la he comparado con otras similares que no dejan duda, v. gr., Almacarí, II, 751, refiriéndose a uno de Barbastro; Almacarí, II, 675, refiriéndose a un bereber; Almacarí, I, 270, refiriéndose a romance gallego; Almacarí, I, 170, refiriéndose a romance español indudablemente, y el falso Abencotaiba, 186, edición de Benalcutía de la Real Academia de la Historia.)

¿Ese dialecto de Murcia es árabe o romance?

Abensida, sabio murciano del siglo xi, en el prólogo de su gran diccionario *Almojásis* (publicado en El Cairo, tomo I, pág. 14 dice, disculpándose de los yerros que podía cometer en su obra

ser popular entre el elemento indígena español, sino después de varios siglos de influencia, y aun reducida quizá a ciertas clases y en contadas comarcas o poblaciones. Para la gente latina, el aprendizaje de la lengua árabe ha debido

---

como los han cometido otros filólogos: «y ¿cómo no he de cometerlos yo, si escribo en tiempos tan alejados [de aquellos en que la lengua árabe se hablaba con pureza] y teniendo que *vivir familiarmente con personas que hablan en romance*?»

En Murcia, pues, se habla el romance en el siglo XI y ese es el dialecto al que se referiría el texto de BENALCUTÍA, en el siglo IX o principios del X. Así se explica que en tiempos de Alfonso el Sabio, un filósofo de Ricote enseñara a moros, judíos y cristianos en la propia lengua de éstos. Véase mi discurso acerca de *La enseñanza entre los musulmanes españoles*, pág. 19.)

Respecto de Aragón, véase lo dicho en el *Catálogo de los manuscritos árabes y aljamiados de la Junta*, págs. XXI y siguientes. Los musulmanes aragoneses debieron hablar romance en todo tiempo. Así no es de extrañar que en el ejército de Abenhud Almoctádir hubiese campeón musulmán aragonés que supiese la lengua de los cristianos aragoneses hasta el punto de poder penetrar en la tienda del rey de Aragón sin ser notado. (DOZY, *Recherches*, II, 242, 3.ª edición.)

Respecto de Portugal casi es inútil buscar pruebas, considerando que esa región ha vivido más apartada de las influencias árabes que Aragón, Valencia y Murcia; pero es curiosa anécdota la que se nos refiere en el *Manuscrito del Museo Jalduni*, fol. 2 v.º, en que aparece un sabio portugués de Santarén hablando en romance dentro de la Aljama de Córdoba. Transcribo entera la anécdota, no sólo por ser inédita, sino porque en la frase árabe, que traduce la romance, aparecen indicios de que ésta debió ser un adagio popular rimado:

واخبرنى محمد بن فرج قال كنت جالسا مع ابى الخيار الشنترينى فى المسجد الجامع بقرطبة وكان ابو الخيار من عدد الفقهاء المشاورين فذكر الى كثرة الواردين الى ابى محمد بن دحون وسرعة اقبال الخصوم من عنده فقال ابو الخيار جزار كاف وساطور قاطع يقطع مفصلا وغير مفصل فبلغ ذلك ابا محمد بن دحون فقال بالغيب يقولها وقالها بالعجمية

Nótese que en árabe resultan dos frases asonantadas y dos

tener siempre las mismas dificultades que ahora; no nos forjemos fantasmas: los españoles de entonces pudieron convertirse al islamismo, porque no era preciso aprender el árabe para hacerse musulmán (1), y el milagro de aprenderla por simple infusión o mero deseo, no es de pensar que aconteciera.

Leyendo cuidadosamente las biografías de sabios musulmanes españoles, nótase una insistente y repetida ponderación del mérito de aquellos ulemas españoles que pudieron ostentar el saber la lengua de los árabes (2). Se ve que tenían

---

consonantes: *Cortador incisivo, que resuelve decisivo; decide lo soluble y lo que es insoluble.*

Respecto de Córdoba, véase *Historia de los jueces de Córdoba*, págs. XX y sigs.

Respecto de Málaga, Valencia, Aragón, etc., véase también *Glosario* de SIMONET, las autoridades de Abenchólchol, Abenbuclarís, Abenalbeitar, etc., págs. IX y sigs.

Lo que AMADOR DE LOS RÍOS dice en su *Historia de la Literatura española*, II, 74, acerca de prohibición de hablar en latín, es una falsedad: no tiene fundamento alguno.

(1) Habría muchos musulmanes que no sabrían rezar en árabe. El teólogo Abenházam dice de sí mismo que a los veintisiete años aún no había aprendido las prácticas del rezo en la mezquita.

(2) Los árabes no gustaban de encerrarse en ciudades. DOZY, *Recherches*, I, 295. A esto quizá obedezca el que en las grandes poblaciones se conservara mucho tiempo el romance. De los dialectos árabes, apenas se habla. Sábese que en Silves se hablaba un árabe muy puro por haber sido habitado por árabes yemeníes. Véase EDRISÍ, pág. 179; YACUT, IV, 312; CAZWINÍ, II, 364.

Citas acerca de la ponderación del saber árabe podríamos presentar muchísimas. Sólo pondremos algunas más calificadas. ABENADARÍ, II, 157 y otros historiadores dicen del monarca Abdala que sabia explicarse muy bien en árabe. ABENSAÍD, en su *Tabacat al omam*, pág. 74, dice de un astrónomo «que se habia aplicado a estudiar la lengua árabe algún tiempo en Toledo» (murió en 454=1062). ALFARADÍ, biog. 1717, deja entrever que el saber árabe gramaticalmente era de hombres muy instruidos. Elbarra-

que aprenderla artificiosamente; y escuelas bien organizadas no las hubo hasta muy tarde. Así se explica el que en Andalucía viviesen muchísimos musulmanes que no supieran hablar más que en romance (1), aunque supiesen leer el árabe y traducirle como ocurre hoy a muchos orientalistas europeos.

Hay que advertir, además, que el hecho de saber el árabe corriente no habilita para entender las composiciones poéticas (2). En ninguna lengua del mundo se dará tal vez el fenómeno de la diferencia tan sensible entre la lengua vulgar y la poética. El conocimiento ordinario de la lengua árabe no basta para la inteligencia de los versos compuestos por los poetas contemporáneos, mucho menos para entender los clásicos anteislámicos. Este último constituía el grado más elevado de la cultura literaria, extraordinaria habilidad que sólo rarísimos literatos españoles alcanzaron.

Tales consideraciones deben tenerse presentes para resol-

---

ni, hijo del médico de cámara de Alhaquem II (que murió en 442=1050), dice el *Manuscrito del Museo Jalduni*, fol. 55, «era sabio en la lengua de los árabes», y de un sevillano distinguido (que murió en 401=1010) recuerda que no sabía pronunciar el árabe y se encerró algunos meses, en edad avanzada, para corregir su mala pronunciación. ABENPASCUAL (biog. 371) refiere de un pedagogo que enseñaba sin saber él leer ni escribir el árabe. Era de Córdoba y murió en Mallorca, año 417.

(1) ALJOXANI refiere que en tiempos de Abderrahman III había en Córdoba señores de alta posición social y política que eran exclusivamente aljamiados, es decir, que sólo sabían hablar en romance. Vide mi traducción de la *Historia de los jueces de Córdoba*, págs. 227 y 233.

(2) La inteligencia de los versos no era un saber común. ALFARADÍ, biogs. 1223 y 1446, pondera como mérito especial de los biografiados el *entender el sentido de los versos*. ABENPASCUAL, biografía 751, dice del biografiado que «sabía recitar versos y SE SOSPECHA QUE LOS ENTENDÍA». En la *Tecmila*, biog. 830, se pondera, como extraordinaria habilidad, la de comprender todo lo que se dice en la *Colección de los seis poetas* (anteislámicos). ABENPASCUAL, en la biog. 406, dice que el biografiado «sabía el sentido de los versos anteislámicos».

ver el problema de la lengua en que correrían en España las muchas leyendas populares que aparecen en los historiadores árabes primitivos de la península.

Algunos de ellos confiesan paladinamente que han tenido que aprovechar, para escribir sus libros históricos, no sólo las obras y crónicas que trataban de la historia antigua de la Península, las cuales es de creer que estuviesen en latín (1), sino que dicen taxativamente que trasladan consejas populares referidas por *narradores aljamiados*, las cuales evidentemente habían de estar en romance (2).

---

(1) Dozy, en sus *Recherches*, I, 86, cree que Abenhayán utilizó historias cristianas, hoy perdidas, para su relato de la historia antigua de León.

Almacarí, I, 85 y 86, cita a sabios latinos (عجم), como testimonio para los tiempos de la España primitiva. Él mismo, tratando de romanos, cristianos y godos en tiempos anteriores a la época árabe, cita *crónicas latinas antiguas* تواريخ العجم القديمة.

Abenadarí, II, 14, cita la obra بهجة النفس y dice que su autor había visto *algunos libros de los acham* (refiriéndose a noticias de Francia, Navarra y Galicia). El mismo Abenadarí, II, 4. cita *libros latinos* que referían noticias de que Rodrigo no era de casa real, de la apertura de la casa en Toledo de la Mesa, etc.

(2) Es casi seguro que muchas leyendas locales debían correr romanceadas. Algunas de ellas no pasaron a autores árabes, porque, como dice Almacarí, I, 140, «sería demasiado prolijo enumerarlas».

Abenhayán, en su *Almoctabis* apud Almacarí, I, 88, cita a los *narradores aljamiados* رواة العجم (distintos de los historiadores y libros) como autoridad para la leyenda del rey Hispán con el personaje mítico de los musulmanes Aljádir, الخضر; y en otro lugar (Almacarí, I, 172), los cita para explicar lo de la Mesa. A ellos también se referirá en otros pasajes (Almacarí, I, 160) respecto a la leyenda local acerca del Palacio de Rodrigo en Córdoba, de formación popular seguramente, y para explicar de modo menos fantástico la leyenda de la Mesa (Almacarí, I, 183). Véase sobre *narradores históricos* que no saben árabe, *Historia de los jueces de Córdoba*, pág. XII, nota.

La palabra عجم en la historia de España se ha traducido al-

Realmente son muchos los rastros de lengua romance que aparecen en los mismos historiadores árabes para que puedan ocurrir dudas en este respecto (1).

En la historia de los primeros tiempos, cuando la falta de personas instruídas entre las gentes árabes aquí avecindadas, hacía difícil que hubiese narraciones genuinamente árabes, se encuentran multitud de consejas, leyendas, relatos históricos de asunto puramente español, los cuales han constituído el fondo de la historia primitiva. Si de aquellos tiempos sólo se hubiesen conservado las narraciones históricas hechas por individuos de raza árabe, como las de *Ajbar Machmúa*, apenas sabríamos nada del elemento español, desdeñado por ellos. Sin embargo, la suerte ha querido que esas narraciones populares se conservaran por narradores e historiadores indígenas, las cuales, por el simple hecho de ser populares y de aquel tiempo, llevan consigo el sello de la lengua

---

guna vez por *cristianos*. No es exacta la traducción. Comprende no solo cristianos, sino musulmanes que hablen lengua no árabe. Véase *Al hollato's siyará*, pág. 46.

Entre los *narradores aljamiados* debía correr esa literatura popular andaluza romanceada, sobre todo entre mujeres. ABENHÁZAM, en su *Quitab alfisal*, I, 218, cita despectivamente «las consejas que las mujeres cuentan en las veladas cuando están hilando». Y el mismo autor nos dice en otro lugar que las mujeres andaluzas hablan en romance. Véase mi *Discurso*, pág. 23.

(1) Es frecuente encontrar en las narraciones árabes palabras romances que se han traducido. ALFARADÍ, pág. 217, dice de un faquí que se llamaba تارك الفرس بالعجمية, *Táric alfars* en romance, es decir, que se llamaba *Deja el Caballo*. ABENPASCUAL nos dice que el apodo *Arramadi*, con el que es conocido tan célebre poeta, es traducción árabe del apodo romance que tenia, *Abu chenisa*, es decir, *el de la Ceniza*. Hasta personas de raza árabe usaban nombres romances: un juez de Córdoba, cuyo apellido árabe dan las crónicas, era conocido vulgarmente por *Yoanes*. En ALJOXANI son bastantes las narraciones que evidentemente corrían en romance. Vide mi Prólogo a la *Historia de los jueces de Córdoba*.

en que se transmitían. Son muchísimas y se prestan a estudio pormenorizado, imposible de exponer en un discurso. Hoy sólo debo hacer un intento de clasificación provisional del sinnúmero de leyendas o asuntos poetizados que aparecen en los historiadores, para señalar cuáles se han de suponer narradas o escritas en lengua árabe, cuáles en latín y cuáles en romance.

Las leyendas formadas sobre sucesos cercanos al tiempo de la conquista, en los que se mezclan relatos maravillosos o ponderaciones exageradas, como aquellas en que aparece Muza, bien contando hazañas estupendas, o bien rodeado o acompañado de multitud de reyes con sus coronas, cargado de inimaginables riquezas, o en las que se refieren aventuras fabulosas en que salgan diablos en cajas de azofar, o se acuda a sueños, profecías, adivinaciones, talismanes, etc., y hasta intervenciones taumatúrgicas, tales leyendas que constituyen un género popular de literatura árabe, llamado *fotuhat* o conquistas, es probable que estuviesen en lengua arábiga, porque se han formado casi todas en Oriente o por personas que sentían aún las influencias orientales (1). Por eso han pasado a las colecciones de cuentos de las *Mil y una noches* (2).

---

(1) Al afirmar la influencia oriental, no afirmo que sea invención árabe. De los árabes dice Dozy que «si en su literatura aparece un cuento fantástico, es una *traducción*. Los cuentos de hadas..... son persas o indios.....; los árabes nada han inventado de grande ni fecundo». *Histoire*, I, 14.

Dozy y Menéndez Pelayo vieron con claridad la distinción entre las leyendas históricas orientales y las españolas. Véase tomo VII, pág. XXVII de las *Obras de Lope de Vega*. Madrid, 1897.

(2) Muchas de ellas aparecen en el falso Abencotaiba (que publicó Gayangos, como suplemento a la Crónica de Benalcutía, edición de la Ac. de la Hist.) Véase Almacarí, I, 163 y 164, y en *Alif Leila gua Leila* (edición del Cairo), II, 84, la relación de lo de la casa de Toledo en que se ponen los cerrojos, de la Mesa de Salomón, etc.; y III, 42, en que se encuentra la leyenda de la *Ciudad del cobre*. Cazwiní (edición Wüstenfeld), II, 375, inserta la descripción de Toledo con alusión a esas leyendas.

Las narraciones de las hazañas de los árabes que vinieron a la península, v. gr., la historia de la venida de Abderrahmen I, comenzando por los apuros que pasó en Oriente para librarse y huír de la persecución, siguiendo las peripecias de su viaje y estancia por Africa hasta su llegada y proclamación en la Península, conserva huellas evidentes de haber sido poetizada por persona algo erudita, letrada y entendida en lengua árabe (1).

Lo mismo se puede decir de la descripción de las hazañas de Abderrahmen I en Andalucía, algunas de las cuales por lo teatrales y aparatosas denuncian la intervención de un vate instruído y, por consiguiente, estaría escrita en árabe.

Lo propio ocurre con las gestas caballerescas de Táric y Muza, en que se insertan los discursos que pronuncian, las cartas que escriben, etc.: son alteración de las tradiciones primitivas, redactada por persona que desea lucir su inventiva retórica intercalando en la narración documentos literarios (2).

Aun las leyendas acerca de D. Rodrigo, en que este rey aparece en las batallas vestido a la oriental sobre trono adornado de piedras preciosas, etc., tienen el sello de la literatura legendaria de Oriente que correría en árabe.

Pero hay multitud de leyendas y narraciones más humanas, más veraces y realistas, genuimente españolas, eruditas o populares, que no es posible se hallaran primitivamente

---

(1) Hay chistes de palabra en la narración, que dan a entender que es persona muy familiarizada en la lengua árabe. Quizá el mismo poeta Temam, descendiente del personaje del mismo nombre que intervino en los sucesos. Ese autor se permite inventar incidentes novelescos para dar interés a sus relaciones históricas. Véase una relación de Temam en Dozy, *Recherches*, II, 271, contando la embajada de Algazal, en la que aparecen pormenores legendarios de la conducta de Abdelaziz y Egilona: la puerta baja para obligar a reverencia.

(2) Véase el falso Abencotaiba, publicado tras de la crónica de Benalcotía, por la Real Academia de la Historia, pág. 120 y siguientes.

en árabe. Las eruditas es de suponer que estuviesen escritas en latín por el clero cristiano o por autores latinos, tales como las referentes al traje de Adán, la vara de Moisés, el jacinto de Alejandro, y las reminiscencias de tradiciones acerca de la vieja ciudad de Toledo, del estrecho de Gibraltar, de los ídolos de Cádiz y Galicia, como otros relatos de historia antigua romana y griega de la Península y de los monumentos que de estas civilizaciones en ella se conservaban. Todas éstas, aunque pudieran suponerse transmitidas en romance para que figuraran en historias árabes (ya que los historiadores de esa raza no supieron el latín) (1), hay que sospechar que no andarían romanceadas en boca del vulgo.

Hay ciertas narraciones ante las cuales el ánimo comienza ya a dudar de si estarían en árabe, en latín o en romance: me refiero a las historietas populares acerca de personajes españoles o godos, v. gr., las de los hijos de Witiza y sus descendientes; las de la vida conyugal de Abdelaziz con Egilona y la muerte de aquél; la de las hazañas de Teodomiro (2) en Orihuela, y algunas de D. Rodrigo. Es de suponer que corrieran en romance; pero como se mezclan en ellas intereses de familias que luego se arabizaron, puede admitirse alguna sombra de recelo, aunque poco justificado.

Mas aquellas que fueron forjadas por musulmanes españoles nacionalistas, los cuales por el hecho de ser musulmanes no conservaban cariño alguno a la lengua litúrgica de la religión por ellos abandonada y escarnecida, y por ser nacionalistas se afiliaban a sectas antiárabes y gustaban especialmente del idioma nacional, de esas, digo, se puede afir-

---

(1) Hasta el historiador Abenházam, que por sus conocimientos y erudición cristiana sugiere la idea de que sabría latín, estudiado atentamente se ve que no lo sabía, aunque supiera el romance. Debo esta indicación al amigo Asín, que ha estudiado este autor muy a fondo.

(2) Dozy, *Recherches*, I, 50, insinúa que le parece sospechoso el relato poetizado de las hazañas de Teodomiro; pero no insiste y hasta llega a aceptarlo como histórico.

mar que nacerían y correrían seguramente en romance (1).

A estas sectas antiárabes solían pertenecer la mayor parte de los ascetas nacidos y educados en la Península. Aljoxaní trae algunas, especialmente la del juez Abenbaxir con el ermitaño, en la cual aparecen paralelismos de frase que inspiran la sospecha de haber sido poetizada en verso (2).

Una de las narraciones más típicas en que mejor se refleja el espíritu nacionalista de esos hombres devotos, encariñados con las tradiciones nacionales, y que supieron hermanar esos cariños con las doctrinas ascéticas cristianas, manteniendo el espíritu antiárabe dentro del más severo islamismo (3), cosas que a primera vista parecen contradictorias, es la leyenda de la GENEROSIDAD DE ARTABÁS. Nos la refiere Benalcutía, que es el historiador que por tradiciones familiares se muestra más aficionado a referir esas narraciones populares españolas. Dice (4):

---

(1) Lo mismo podemos decir de muchas leyendas locales de la Península que los historiadores árabes mencionan, v. gr., las que cita ALMACARÍ, I, 121 y 125. En la página 140 alude a leyendas locales españolas «que sería prolijo enumerar». Formadas éstas por el pueblo, que no sabía árabe ni latín, debían de estar narradas en romance. En España debió pasar algo parecido a lo que ocurrió en Persia. El árabe fué la lengua oficial de la diplomacia, de la filosofía, de las ciencias, etc.; pero no pudo ser lengua popular en los primeros tiempos. Vide *A Literary History of Persia, from Firdawsi to Sa'di*, por EDWARD G. BROWNE. London, Fisher Unwin, 1906.

(2) Véase mi traducción *Historia de los jueces de Córdoba*, página 64. ASÍN, en su *Abenmasarra*, pág. 142, tradujo otra versión que coincide esencialmente con la de Aljoxaní.

(3) De algunos de estos ascetas se dice que escribían mal el árabe, aunque sabían muchas historietas, como de Abenazarrad, el cual era de raza española y no árabe (ALFARADÍ, biog. 1163), o que no sabían el árabe, como Abenguadah, y sabían multitud de historias (ALFARADÍ, biog. 1134).

(4) Página 38 de la edición citada.

«Contaba el maestro Abenlobaba (1), Dios le haya perdonado, según versión recibida de otros ancianos, algunos de los cuales vivieron en tiempo de Artabás, que éste [descendiente de Witiza] era uno de los hombres más sagaces y astutos para manejarse bien en los asuntos mundanos. En cierta ocasión fueron a visitarle Abuotmán, Abdala ben Jálid, Abuabda, Yúsuf ben Bojt y Asomáil ben Hátim [es decir, la plana mayor de los árabes]. Saludáronle y se sentaron en sendos sillones alrededor del trono en que Artabás se hallaba sentado. Apenas comenzada la conversación y hechos los primeros cumplimientos, hete ahí que se presenta Maimún, el siervo de Dios, abuelo de los Beniházam, es decir, los porteros [del palacio real de Córdoba]. Este Maimún era cliente siriaco [es decir, no era de raza árabe] (2). Artabás, al ver que Maimún entraba en su casa, levantóse para salirle al encuentro, le abrazó y le invitó a que se sentara en el trono que acababa de dejar, el cual estaba ricamente chapeado de oro y plata. El santo varón rehusó diciendo: «Ah, no; no me es lícito ocupar un sillón como ese», e inmediatamente sentóse en el suelo. Entonces Artabás sentóse en el suelo al lado de Maimún y le dijo: «¿A qué se debe que un hombre [de tanto prestigio] como vos venga a visitar a uno [que es cristiano] como yo?» Maimún le contestó lo siguiente: «Como nosotros, al venir a este país, no pensábamos que nuestra estancia en él había de ser muy larga, no dispusimos las cosas para permanecer aquí; pero como allá en Oriente se han amotinado contra los clientes nuestros, cosa que no podíamos imaginar, ya hemos renunciado a volver a nuestro país. Dios te ha colmado de riquezas. Quisiera que me dieses una de tus heredades para cultivarla con mis propias manos; te pagaré lo que corresponda y tomaré lo que de derecho estricto deba ser para mí.»

---

(1) Sabio español que no era de raza árabe. Lo afirma Alfadí, biog. 1187.

(2) Los clientes no son árabes. Véase la autoridad de Cháhid en *Abenmasarra*, de Asín, pág. 30.

Artabás le replicó: «Ah, no, por Dios, yo no quedaría satisfecho dándoos una granja en contrato de medias.» Ordenó que llamasen a su administrador y le dijo: «Entrega a este señor Maimún la granja del Guadajoz, con todas las vacas caballerías y esclavos que en ella hay; dale, además, el castillo que está en la provincia] de Jaén.» Era un castillo que se conoce ahora por El Castillo de Házam, su poseedor.....

Maimún, después de darle las gracias, se marchó, y Artabás volvió inmediatamente a ocupar su trono.

Díjole entonces Assomáil. «Nada te ha hecho incapaz de ejercer el imperio que ejerció tu padre, si no es la irreflexión de tu conducta. Vengo yo a visitarte, siendo como soy el jefe de los árabes de España, acompañado de mis amigos, que son los personajes de más viso entre los clientes, y tú no nos guardas más atención que la de darnos asiento en estos sillones de madera, mientras que a ese miserable que entró hace un momento le tratas con la generosidad espléndida que has mostrado.»

Artabás le contestó: «Oh, Abuchauxán, qué verdad es lo que me han contado los hombres de tu religión, que en ti no ha penetrado la cultura. Si fueras algo instruído no hubieras desaprobado la obra piadosa que acabo de hacer, tratándose de la persona a quien la he hecho. (Efectivamente, Assomáil era un ignorante que no sabía leer ni escribir.) A vosotros, a quien Dios trate generosamente, sólo os honran porque sois poderosos y ricos, mientras que a ese únicamente por amor a Dios le he tratado con generosidad. De [Jesús] el Mesías, a quien Dios bendiga y salve, me han contado que dijo:

«Aquel de sus siervos, a quien Dios favorece, debe hacer partícipes a todas las criaturas.»

Assomáil [al oír esto] quedóse como si le hubieran hecho tragar una piedra.

Sus compañeros dijeron entonces: «Artabás, no hagas caso de éste: atiende a nuestro propósito, que es el mismo de ese hombre que ha venido a buscarte y con quien tan generoso te has mostrado.»

El contestó: «Vosotros sois sujetos tan principales, que para dejaros satisfechos se os ha de dar mucho».

Y les dió cien aldeas, diez para cada uno: entre ellas, Torox fué para Abuotmán; Alfontín, para Abdala ben Jálid; y la Heredad de los olivos, en Almodóvar, para Assomáil ben Hátim.»

Esta narración está forjada por alguien que pertenecía al partido nacionalista español. El godo Artabás aparece en ella como un gran señor o monarca a quien los árabes más poderosos se rebajan a implorar un don, y él se digna concederles feudos o propiedades suyas (1). Artabás, español, echa en cara al jefe de los árabes su falta de cultura o ignorancia, sostiene doctrinas democráticas y cita doctrinas evangélicas, como normas superiores a las profesadas por los jefes árabes.

Estos pormenores, al pronto, podrían sugerir la idea de que fuese cristiano el narrador, ya que se cita un texto de Jesús (2) puesto en boca de Artabás; pero nótese que Artabás se cree, por el hecho de ser él cristiano, un sujeto despreciable ante un asceta musulmán, y toma actitudes humildes, hasta sentándose en el suelo a su lado.

La historieta, pues, no podría ser simpática a los árabes dominadores ni a los cristianos sometidos; sólo podría correr entre musulmanes nacionalistas, los cuales, por serlo, presentan a Artabás, español, como superior en cultura, en educación y en generosidad a los jefes árabes; y, al cristiano, como ser despreciable que debe humillarse ante un asceta musulmán.

A esta clase de narraciones de ascetas pertenecen muchas leyendas populares: unas con argumento evidentemente político o nacionalista, v. gr., la leyenda del rey Hispán, en que se trata de explicar los orígenes de la nacionalidad española, haciendo intervenir en ella a un personaje mítico musul-

---

(1) Por eso los historiadores árabes dicen que de Artabás se contaban *historias* propias de un rey اخبار ملوكية. Véase Almacarí, I, 169.

(2) Citar doctrina evangélica y aun seguirla, es propio de ascetas musulmanes. Véase *Abenmasarra y su escuela*, Asín, pág. 14.

mán, Aljádir, الخضر En la versión árabe que ha llegado a nosotros, este personaje habla rimando las frases, indicio de la forma poética primitiva romance de la conseja (1). Otras son meramente religiosas o morales que abundan en los libros ascéticos, y ofrecen materia de largo estudio, que está por hacer (2).

El mero hecho de que una leyenda sea popular en Andalucía en el siglo IX, ya es bastante motivo para sospechar que corriera romanceada, sobre todo si el medio era cristiano.

Como ejemplo de historieta popular poetizada con vehementes indicios de haber sido compuesta en verso romanceado y formando pieza independiente que se ha incrustado en la obra de Benalcutía, es la que podemos titular EL PRIMER CONDE DE ANDALUCÍA.

Dice Benalcutía (3):

«Entre los sucesos que se cuentan de Artabás está el siguiente.

Abderrahmen I se incautó de las aldeas que pertenecían al señorío de Artabás. Movióle a esta determinación el haber curioseado la tienda de campaña de éste, cierto día en que ambos iban de expedición guerrera, y haber visto multitud de regalos que le ofrecían los vasallos en todas las paradas que hacían (o campamentos) dentro de sus posesiones. Esto causó envidia a Abderrahmen. Resultado: que le fueron arrebatadas las posesiones a Artabás.

Tuvo entonces éste que refugiarse en casa de los hijos de su hermano, hasta que al fin llegó a la miseria. Dirigió-

---

(1) Es una de las que evidentemente corrieron romanceadas entre los musulmanes de España, pues ABENHAYÁN, en su *Almoctabis* (apud ALMACARÍ, I, 88), declara que se la comunicaron *narradores aljamiados* رواة العجم.

(2) Asin prepara un estudio en que aparecen muchas leyendas religiosas musulmanas que se introdujeron disfrazadamente en la Europa de la Edad Media.

(3) Pág. 36 y sigs.

se a Córdoba y se presentó al canciller Abenbojt para decirle (1):

«Pide permiso al Emir (c. v. g. D.) para que yo pueda verle;
Pues vengo a despedirme de él.»

Concedióle el permiso; hizo que lo introdujeran a su presencia; notó que iba andrajosamente vestido, y los dos trabaron este diálogo:

«¡Oh, Artabás! ¿Qué te trae por aquí?
—Tú me has traído aquí:
Te has interpuesto entre mí y las aldeas mías
Faltando a los tratados que tus abuelos hicieron conmigo,
Sin culpa que autorice a proceder contra mí.
—¿Qué es eso que quieres despedirte de mí?
Supongo que querrás marcharte a Roma.
—¡Ca! no, al contrario,
He sabido que tú quieres marcharte a Siria.
—¿Quién dejará que yo vuelva a ella,
Si me sacaron violentamente de ella?
—Esta posición que tú ocupas,
Quieres que la reciban cómodamente tus hijos tras de ti,
O quieres desarreglarla,
Cuando estaba bien dispuesta y ordenada.
—No, por Dios, yo no quiero
Sino arreglar las cosas en favor mío y de mis hijos.
—Atiende, pues, al asunto de que vengo a tratar.»

Inmediatamente denunció Artabás al Emir, con franqueza y sin ambajes ni rodeos, todas aquellas cosas por las que el pueblo estaba disgustado. Abderrahmen I quedó tan satisfecho y agradecido, que ordenó le fueran devueltas veinte de las aldeas confiscadas, le obsequió con espléndidos vesti-

---

(1) Al traducir la historieta he creído deber distinguir en el texto dos partes: una narrativa, en que el historiador árabe parece que extracta sin atenerse literalmente a la narración poética romance primitiva; otra, la dialogada, en que presumo que va calcando las frases sin extractar. Esta distinción quizá nos pueda servir para el estudio de la forma poética, el cual trataremos de hacer en otro trabajo posterior.

dos y regalos, y le concedió la dignidad de Conde. ESTE FUÉ EL PRIMER CONDE DE ANDALUCÍA.»

Esta narración tiene todas las trazas de estar formada sobre historieta popular en verso. Es popular la explicación de la causa que Abderrahmen tuvo para quitarle los señoríos a Artabás: la envidieta por los regalos; es popular lo de presentarse en palacio andrajosamente vestido; es popular la forma dialogada y el tratarse ambos como dos majestades. Hasta se transparenta en la prosa árabe la forma poética primitiva llena de paralelismos de ideas y frases propias de la poesía (1).

El relato es imposible que lo concibiera y escribiese un árabe: ha de ser un español, cristiano andaluz, partidario de la jerarquía goda, que lo compusiera con el intento de explicar un *hecho político* de trascendencia para el pueblo cristiano andaluz: la fundación del condado de Andalucía. Ese es evidentemente el propósito de la historieta (2).

Pero el relato que, entre los que he comenzado a estudiar, es el más interesante y más típico de aquella épica popular y más significativo, por intervenir, como figuras principales, hombres que ni son árabes ni cristianos, sino musulmanes españoles, es el siguiente (3):

---

(1) Recuérdense, v. gr., los paralelismos de frase en la conversación de Antigono e Ismena en el drama de Esquilo *Los siete delante de Tebas*, después de la muerte de Eteocles y Polínice.

(2) Esta dignidad de Conde de Andalucía subsistió mucho tiempo. En el reinado de Alhaquem II aún subsistía. Vide en ALJOXANI la cita de dos condes, Rebia y Chidmir. DOZY, *Hist.*, II, 267 y sigs. a Servando, siguiendo a ABENHAYÁN en su *Almoctabis*, folio 70. SIMONET, *Mozárabes*, 111, a Romano, etc.

(3) Los hay más extensos y de asunto y procedencia variados, v. gr., el que puede titularse *El convite sangriento*, historieta toledana (BENALCUTÍA, pág. 45 y sigs., y DOZY, *Histoire*, II, 63 y siguientes), que es de sentido nacionalista también; los hay vulgarísimos y pedestres, como la narración de una expedición gue-

«Muza ben Muza [rey de Zaragoza] reclutó ejército y se fué en busca de Izrac ben Mont (o Montell), señor de Guadalajara y de su región fronteriza. Este Izrac vivía sometido a los califas de Córdoba por tradición heredada de sus antepasados. Era uno de los hombres más hermosos [de Andalucía].

Cuando Muza ben Muza plantó los reales frente a Guadalajara e Izrac se puso en movimiento para combatirle, envió aquél un mensajero que le dijera a éste:

> «¡Oh Izrac! No he venido a combatirte;
> Sólo he venido a casarte;
> Tengo una hija muy hermosa;
> No hay en Andalucía otra más hermosa;
> Tengo intención de no casarla,
> Sino con el joven más hermoso de Andalucía:
> Ese eres tú.»

Izrac aceptó el ofrecimiento y autorizó las capitulaciones matrimoniales; en vista de lo cual Muza ben Muza dió la vuelta a su provincia y envió la mujer a Izrac.

[El monarca de Córdoba], Mohámed, al saber lo ocurrido, púsose en violenta agitación (temía seguramente perder las provincias fronterizas próximas [de Guadalajara], como se habían perdido ya para él las fronterizas lejanas [de Zaragoza], y determinó mandar una persona fiel a fin de poner a prueba la sumisión y las intenciones de Izraz. Izrac, aunque se mostró conciliador con el enviado del monarca, se limitó a decir:

> «Ya se verá bien claro, si me mantengo en la obediencia del monarca o no.»

Luego que hubo satisfecho los naturales deseos de recién casado, salió [de Guadalajara] con pequeña escolta y, apar-

---

rrera a Murcia, que tiene indicios de ser un soldado español el que narra, con estribillos vulgares propios de la poesía popular Este lo ha conservado ABENHAYÁN en su *Almoctabis,* códice de Oxford, fol. 87 r.º Mi propósito actual es dar sólo unas muestras de esa épica popular andaluza.

tándose de las carreteras o caminos frecuentados, sin que ojo humano que le conociera le pudiese ver, se plantó ante la puerta de los Jardines [del palacio real de Córdoba]. En el alcázar produjo su llegada un tumulto: los pajes de palacio corrieron a porfía a comunicar la buena nueva al monarca. Este ordenó que se le introdujera en palacio y [una vez en su presencia] le recriminó por el hecho de haber contraído parentesco de afinidad con un enemigo del monarca. Izrac le refirió el suceso tal como había ocurrido y añadió:

«¿Qué daño puede causarte el que tu amigo
Goze (1) de la hija de tu enemigo?
Si me es posible conseguir atraerle por este medio, lo haré.
De lo contrario, cuéntame entre los que le combatan para someterle.»

El monarca de Córdoba hizo comensal suyo a Izrac durante unos días: agasajóle con regalos; le dió espléndidos vestidos y, por fin, le dejó marchar.

Cuando Muza ben Muza supo lo que había pasado, reunió ejército, fué a Guadalajara y puso sitio a la ciudad. Izrac hallábase durmiendo en la Alcazaba que domina el río; tenía la cabeza reclinada en el regazo de su mujer. Los del pueblo de Guadalajara se habían diseminado por los cármenes y jardines, cuando arremetió contra ellos Muza ben Muza y los que le acompañaban, lanzándolos al río. La mujer de Izrac alegróse al ver lo que su padre estaba haciendo, despertó a su marido y le dijo:

«¡Mira lo que hace aquel león!»

Contestóle el marido:

«¡Cómo! ¿crees a tu padre superior a mí?
Una de dos: o tu padre es más valiente que yo
O se ha acabado ya su buena reputación.»

Coge Izrac su cota de mallas, se la viste inmediatamente y sale al encuentro de Muza; y, como Izrac era uno de los

---

(1) El autor usa de frase un poco más plebeya que no me he atrevido a traducir crudamente.

más diestros arrojadores de lanza, tiróle una lanzada tan certera, que Muza se dió cuenta instantáneamente de que estaba herido; encomendó el mando a otro para volverse a su país y murió antes de llegar a Tudela.»

Este trozo de Benalcutía es evidentemente una versión prosificada de una leyenda poética popular basada en un hecho histórico. Es el proceso ordinario: un hecho real da lugar a una leyenda histórica poetizada, y esta leyenda es aprovechada luego por los historiadores, los cuales, al redactar la prosa histórica, alteran la forma poética primitiva (1). No nos queda ahora más remedio que contentarnos con la imagen alterada de aquellas composiciones épicas.

Las huellas de la poetización popular, en este caso, son, para mí, evidentes.

El hecho de presentarse un ejército delante de una ciudad, sin que el señor de la misma esté apercibido y aun le sorprenda durmiendo tranquila y muellemente en el regazo de su mujer, es una inverosimilitud de concepción puramente popular; la forma del mensaje en que se invita al casamiento, no es sólo de concepción popular, sino que es un trozo dialogado que ha debido pasar íntegro tal como se hallaría en la primitiva redacción, aunque traducido; la contestación ambigua de Izrac al mensajero del monarca, es recurso para complicar el cuento y mantener el interés del relato; el viaje de Izrac por caminos extraviados, la violenta agitación del monarca, el tumulto de palacio, la corrida de los pajes, son también de gusto popular; la conversación de Izrac con el monarca, no sólo es popular, sino propia únicamente

---

(1) Lo mismo ha debido de suceder con la anterior «El primer conde de Andalucía». Ambas han sido trasladadas casi literalmente de las crónicas árabes a la *Historia de los musulmanes de España*, de Dozy (I, 214 y 215). Aprovechando esas narraciones poetizadas, es como Dozy ha hecho un relato tan agradable y pintoresco. En sus *Recherches*, I, 214, traduce esta historieta, omitiendo algunos rasgos que son de poetización popular.

de gente de muy baja estofa; y, por fin, la escena de la Alcazaba, en que la hija de Muza, teniendo al marido durmiendo en su regazo, se alegra y entusiasma de la hazaña guerrera de su padre contra los súbditos de su esposo, es de un efecto estético muy subido, pero completamente irreal. Si se observa, por otra parte, que Benalcutía refiere el suceso sin citar ninguna autoridad de persona determinada, y aparece el relato en su crónica sin antecedentes ni consiguientes, como pieza suelta, sin enlace histórico, hay que suponer que la narración llegó a él por vía popular y no formando parte de una relación histórica anterior.

Bien examinada la historieta, forma un cuadrito de poesía caballeresca; una joya de la primitiva épica andaluza, que no desdice de la épica posterior castellana; una perla venerable por su antigüedad, que merece figurar engarzada en punto céntrico del precioso collar de los romances españoles. Hay algunos otros relatos caballerescos de aquella edad; pero no he visto ninguno que, como éste, pueda personificar mejor aquel fermento épico primitivo.

¡Lástima que la épica realmente española de aquellos tiempos se haya perdido casi totalmente, y que de las únicas muestras que se han conservado no se pueda reconstruír la forma genuina! Sabemos que el gallego Abenmeruán, señor de Badajoz y comarcas vecinas portuguesas, el caballero andante de aquellos tiempos, unas veces sin hogar ni fortaleza, otras rey de comarcas occidentales, tuvo historiadores de sus hazañas, cuyas historias se perdieron (1); las gestas del caballero Omar ben Hafsún, que tras muchas aventuras acabó por ser el gran rey del Mediodía, apenas han llegado a nosotros por rastros en los que se transparenta la boga que la épica de sus hazañas hubo de alcanzar, puesto que llegó al extremo de forjar leyendas de su juventud, con las predic-

---

(1) Benalcutía (pág. 89) no quiere contar las hazañas de ese gallego y las de otro caballero llamado Sorombequi, *por ser demasiado largas de contar*. Lo poco que cuenta tiene tinte caballeresco muy acentuado.

ciones y adivinaciones que el alma popular supone en todo tipo de gran celebridad social (1); de otros reyes de raza hispana, como Abenrodolfo de Algarbe, apenas se sabe otra cosa que su nombre y la riqueza, orden y policía de su reino, etc., etc.

¿Y qué de extrañar es que aquella épica romance se perdiera, si se ha perdido también la escrita en árabe? De los poemas de Algazal y de Temam no queda más que una mención breve; de los millares de poemas compuestos para narrar las hazañas de Almanzor y otros guerreros, a quienes cantaron, no sólo poetas populares, sino eruditos y clásicos, apenas quedan algunos trozos; de multitud de poetas que compusieron zéjeles, ni siquiera el nombre; del propio inventor del género y de otros muchos que le imitaron, ni una sola composición (2). Todo lo que olía a nacionalismo hispano, a cariño de civilizaciones no musulmanas, casi todo fué desapareciendo derrumbado por modas posteriores; ni aun de los ascetas musulmanes de aquella edad, como Abenmasarra, queda siquiera una hoja de sus libros. De los mejores escritores, quizá se haya perdido lo más personal, lo de originalidad más acentuada, que mayor interés pudiera tener para nosotros.

En materia histórica se conservaron las narraciones de los hechos de las familias legitimistas: los de la aristocracia sevillana unida a los godos (referidos por Benalcutía, descendiente de ella, y por Temam, casado con cristiana). Las que tratan de Rodrigo y Julián, todas despectivas, narradas por visigodos; y de las dinastías genuinamente españolas, los Benicasi de Zaragoza, los Beniatagüil de Huesca, y otros

---

(1) Dozy, en su *Historia,* II, 192, cuenta como histórico lo que, evidentemente, es leyenda de la juventud de Abenhafsún.

(2) Lo más popular ha sido precisamente lo más desdeñado. Abenhayán, Addabí y otros citan a Mocádem, el inventor de un sistema lírico, y nada dicen de su invención. Abenbassam, si da noticia del invento, es despectivamente, como si aquél hubiera cometido un pecado.

innumerables que tuvieron sus poetas e historiadores, ni una sola obra de éstos (1).

Pero esa falta de noticias no debe privarnos de creer que esa épica pudo vivir mientras hubiera un medio social en el pueblo andaluz que conservara cariño a la lengua nacional y a los asuntos de esa épica. Hasta Abderrahmen III vense en Córdoba familias musulmanas, de alto copete, de raza española, nobles apazguados, señores de castillos o ciudades que capitulaban, que eran latinados. Eso indica que aun había muy densas capas sociales en que se mantenía la lengua nacional.

Podría irse perdiendo la viveza y robustez de la tradición poética, porque las modas literarias árabes hicieron sentir influencia creciente, que vino a ser poderosa en capas superiores desde Abderrahmen III y Alhaquem II, monarcas que se esforzaron por todo medio en infiltrar el clasicismo árabe; pero hay que reconocer que éste no pudo ahogar la vitalidad de un género popular genuinamente español (aunque en lengua árabe) como la moaxaha, nacido de aquella literatura romance.

Yo me atrevería aun a afirmar que si esa corriente popular romance pudo perder consideración en esferas del pueblo musulmán andaluz, hubo de adquirirla en otro medio social, cuya importancia aún no se ha estudiado, a saber, la colonia europea establecida en la España musulmana. Es un hecho interesante: a medida que la población indígena española se iba arabizando, acudían en mayor número irrupciones de gente europea a establecerse en Andalucía: me refiero a la multitud de gallegos, vascos, aragoneses, catalanes, provenzales, franceses, italianos y gentes del norte de Europa que entraban en Andalucía, los cuales convivieron con el elemento indígena español, con quien podían hermanar en los gustos y en la lengua familiar.

---

(1) Abenházam, apud ALMACARÍ, II, 118, enumera historias especiales de Abenhafsún, de Abenmeruán, de los Benicasi, de los Beniatagüil, etc., que se han perdido.

Desde muy antiguo, desde las victorias árabes en Francia, vinieron a España como prisioneros de guerra o esclavos (1). España musulmana fué mercado espléndidamente provisto de esclavos europeos, los cuales, no por ser esclavos, venían a desempeñar papeles ínfimos y sin importancia: muchos de ellos, dedicados al servicio militar o personal de los monarcas, y de la nobleza de sangre o del dinero, llegaron a desempeñar los primeros puestos del Estado; y, aunque se convertían al islamismo, condición que se les exigía para obtener la libertad o los cargos públicos, no por eso dejaban de ser europeos (2).

Para hacer evidente la importancia de este elemento social en la cultura hispana, bastará una escueta y breve enumeración de algunos hechos, que los historiadores nos han conservado.

Abderrahmen I tuvo, por canciller, a uno de esos esclavos durante su reinado (3), y eunucos eran los altos empleados palaciegos (4).

Abderrahmen II los puso al frente de sus tropas (5), y a

---

(1) En el botín de guerra figuraban los prisioneros, los cuales quedaban como esclavos. Alhaquem I trajo de Francia esclavos franceses. ALMACARÍ, I, 218.

Mohámed combate con Ludovico y trae prisioneros. ALMACARÍ, I, 226.

Los franceses, combatiendo con las gentes del centro de Europa, hacen prisioneros y los traen a Andalucía para venderlos como esclavos. ALMACARÍ, I, 92.

Los judíos mantenían la industria de *fabricar eunucos,* especialmente en el mediodía de Francia. DOZY, *Hist.*, III, 60.

El conde de Cataluña envía a Alhaquem II veinte mancebos eunucos. ALMACARÍ I, 249.

(2) Del elemento gallego y catalán en la España musulmana ya expuse algunas noticias en mi *Discurso* antes citado.

(3) Mansor el Eunuco. ALMACARÍ, II, 31.

(4) ALMACARÍ, I, 236.

(5) Maisara dirige las tropas en el sitio de Toledo. ABENADARÍ, II, 86.

ellos pertenecía Násar, su favorito, el cual dirige la recluta de su ejército (1) y domina en palacio.

En tiempos de Mohámed, los eslavos alcanzan preponderancia política, social y hasta literaria (2).

Almondir tuvo idéntico servicio (3), y aun se dice que murió envenenado por un eslavo (4).

En la época de Abdala se mezclan en los más delicados asuntos de Estado (5), y algunos de ellos por sus servicios políticos son nombrados ministros (6).

Abderrahmen III da los más altos cargos de la milicia y de la administración a hombres de esta clase (7), que adquirieron gran preeminencia (8). En Medina Azahra es incontable el número de europeos que están al servicio de este monarca (9).

En el reinado de Alhaquem II, un eslavo es la persona de su confianza: el canciller del imperio, a quien en cierta ocasión regala cien esclavos franceses que visten a la provenzal, según Dozy (10). Un eslavo es su bibliotecario real (11); es-

---

(1) Para combatir a los normandos. ABENADARÍ, II, 86. El monarca está servido por eslavos. BENALCUTÍA, 69 y 70, 76 y 77. Encarga delicadas misiones a Eidón. BENALCUTÍA, 72, 78 y 79. Vide además DOZY, *Histoire*, II, 152 y 153.

(2) Abenguéchih sobresale como hombre culto en letras árabes. *Al-hollato's siyará*, 76. Chodor y Fatín, personajes de alta consideración en palacio, se distinguen como letrados. *Tecmila*, biografía 17. A estos extranjeros llamábaseles *eslavos*.

(3) Eidón dirige la caballería. ABENADARÍ, II, 118.

(4) Por Maisur. BENALCUTÍA, 102.

(5) ABENADARÍ, II, 128.

(6) BENALCUTÍA, 112.

(7) ABENADARÍ, II, 170, 173 y 280.

(8) ABENADARÍ, II, 277 y 280.

(9) Algunos historiadores hacen ascender el número a 13.750. ALMACARI, I, 372. Otros dicen 3.750. ALMACARI, I, 373. Otros, 6.087. ALMACARI, I, 346.

(10) ALMACARÍ, I, 247

(11) ALMACARÍ, I, 249 y 256.

lavos fueron los que firmaron el acta de proclamación cuando ascendió al trono (1); y eslavos son los que rodean al monarca en las recepciones palatinas y los que gobiernan ciertos asuntos políticos y militares (2).

En los tiempos de Almanzor el número, la influencia y el poder de los eslavos llegan a la plenitud, no sólo en la milicia y gobierno, sino hasta como clase social (3). Tanto arraigo adquirieron, que llegaron al extremo de poner y quitar reyes (4), y al fin se erigieron en tales fundando dinastías (5).

Casi todos estos extranjeros, para conseguir el medro en país musulmán, solían renegar de su religión y convertirse al islamismo; pero vinieron después tiempos de decadencia para el poder político de los musulmanes españoles, y entonces ocurrió fenómeno distinto: el devenir militares cristianos, a quienes no se exigía renegar ya de su religión a pesar de ponerse al servicio de los musulmanes.

Aun en tiempo de los Omeyas se vieron en Córdoba ejér-

---

(1) Almacarí, I, 250.

(2) Almacarí, I, 251 y 472. En cierta ocasión salieron del alcázar 800. Almacarí, I, 257.

(3) Sobresalen en el palenque literario, Almacarí, II, 57, 59, 60 61, 257, 259; forman la mayoría de sus tropas, Almacarí, I, 393. En los ejércitos de Almanzor el domingo era fiesta, pues tenía leoneses, castellanos y navarros a su servicio, Dozy, *Hist.*, III, 183; Muñoz Romero, *El Estado de las personas en los reinos de Asturias y León*, pág. 122 Catalanes esclavos, Dozy, *Hist.*, III, 199; gallegos, Dozy, *Hist.*, III, 235. Véanse además sobre los eslavos en la *Historia* de Dozy, tomo III, págs. 134, 146, 260, 300, 312, 329, 358, etc.

No es de extrañar que de Almudafar, hijo de Almanzor, nos digan que era aficionado a tener tertulias con gente que hablaba romance.

(4) Addabí, págs. 20, 21, 25 y 27. Abensaíd, manuscrito número 80 de la Academia de la Historia, folio 90. Almacarí, I, 281 y 316.

(5) Jairán y Zohair, reyes de Almería, Almacarí, I, 317, y Mochéhid en Denia, Almacarí, II, 359.

citos de catalanes, llamados para intervenir en favor de un partido político (1). Almotácim ben Somadih tiene militares cristianos a su servicio (2), como Almutamen, de Zaragoza (3). Abenmardanís, de Valencia, se apoya en tropas cristianas, contra los almohades (4), y el héroe nacional más famoso de la España cristiana, el Cid, entre musulmanes vivió (5) y al servicio de los musulmanes anduvo bastante tiempo.

Esos extranjeros venidos a Andalucía de países europeos, al llegar a la fortuna, es de creer que llamasen a sus familias, para que compartiesen con ellos la posición y riqueza adquiridas: el padre de Násar, favorito de Abderrahmen II, en Córdoba vivía, y se entendía perfectamente con el pueblo hablando en romance (6). De esa manera se acrecentaba su número e influencia dentro de la sociedad andaluza y, aun cuando se convirtieran al islamismo, mantenían el espíritu europeo de los españoles musulmanes indígenas. Algunos de ellos fueron partidarios acérrimos del *choubismo*, partido que sostenía la superioridad intelectual de los pueblos no árabes sobre el árabe: célebre es la carta literaria de Abengarcía, autor árabe de origen vasco, escrita con ese intento (7) de probar la inferioridad del pueblo árabe comparado con los hombres de razas europeas.

---

(1) Addabí, pág. 20.

(2) Almacarí, II, 335.

(3) Almacarí, I, 432 y 433.

(4) Almacarí, I, 289. Y hablaba con sus soldados castellanos navarros y catalanes en la lengua de éstos. *Recherches*, Dozy, I, 365 y 366.

(5) El Cid Campeador. En su mismo nombre lleva, a mi juicio, huellas del romance andaluz: *Cid Campeator* (como le llaman los historiadores árabes), es de formación idéntica a *Cid Bono*, apellido usado entre los moros de Valencia, según estos historiadores. Creo muy probable que pertenezca y proceda de la lengua vulgar del pueblo que le dió ese nombre, y no de origen germánico, como quiere Dozy, *Recherches*, II, pág. 58.

(6) Vide *Discurso* mio citado, pág. 22.

(7) Benjair, 419. Abengarcia vivió en la corte de un rey de

Viviendo esos europeos en Andalucía, era natural que se asimilasen la cultura popular indígena, la cual casaba con sus gustos europeos; y es de pensar que los que volviesen a su país de origen comunicaran allá lo que aquí habían aprendido; sobre todo habían de gustar de referir sus hazañas personales o sus aventuras. Eran, pues, estos extranjeros un medio a propósito para que vivieran las tradiciones populares andaluzas, especialmente las guerreras y caballerescas. El mismo Abencuzmán, en medio de sus lirismos poéticos, deja deslizar de cuando en cuando frases pronunciadas por militares cristianos, en lengua romance, que tienen trazas de pertenecer a narraciones vulgares que todo el mundo sabía.

Tales consideraciones las creo yo muy importantes, por-

---

raza europea, Icbalodaula, de Denia. Abensaíd, manuscrito 53 de la Real Academia de la Historia, fols. 43 y 53.

Los eslavos escribieron también en árabe para defenderse. Habib el eslavo escribió un libro para demostrar las excelencias y mérito de los hombres de su raza, contra un grupo de cordobeses que negaban el mérito a los eslavos. *Tecmila*, biogs. 1212 y 89.

Estos europeos estaban enterados de las composiciones poéticas de moda en Andalucía, puesto que Obada, autor de moaxahas, dirigió versos laudatorios a eslavos que iban acompañados de franceses. Almacarí, I, 316.

Algunos de ellos volvían a su país natal, después de haber logrado fortuna, honores y riquezas en Andalucía. La familia del rey de Denia, Mochéhid, quiso quedarse en Europa después de haber estado en España. Vide Codera, *Mochéhid, conquistador de Cerdeña. Centenario de la nascita de Michele Amari*, vol. 2, pág. 115 y siguientes. Se ve en este trabajo un ejemplo probatorio: Alí, hijo de Mochéhid, estuvo en Alemania largo tiempo; aprendió la lengua de los cristianos, entre quienes pasó la juventud, y se instruyó en la religión cristiana. Luego, por mediación de su padre, se hizo musulmán.

Abenházam, en su *Fisal*, III, 12, recuerda el caso de un vasconavarro, persona de gran posición, que deseaba con empeño llevar a Córdoba a su familia; pero que no pudo conseguirlo por las dificultades de las comunicaciones en aquellos tiempos de guerra civil.

que, demostrada la continuidad del elemento europeo dentro de Andalucía, nada tiene de extraño que ése haya sido el nexo de la continuidad de las manifestaciones épicas, enlazando las primitivas del siglo IX con las posteriores de literaturas romances europeas (1).

---

(1) Son innumerables los datos sueltos que aparecen en historiadores que indican constantes comunicaciones entre la España musulmana y Europa. Aunque no muy sistematizados, voy a exponer algunos:

Abenadarí, II, 100, y Almacarí, I, 226, recuerdan el caso de Fortún ben García, el Tuerto, el cual fué llevado de Navarra a Córdoba; en esta capital permaneció veinte años; luego le soltaron y vivió en su país hasta edad muy avanzada. Ocurrió esto en tiempos del rey Mohámed.

Almacarí, I, 316, menciona europeos que tuvieron que huír de Andalucía, por crímenes que realizaron, para escapar de la justicia.

Alfaradí, biog. 952, da noticias de un alcalde moro de Tudela que cayó prisionero de cristianos y fué rescatado luego. Murió en 337.

Edrisí (edición Dozy), pág. 241 recuerda a musulmanes de Almería que fueron cautivos.

Muñoz Romero, *Estado de las personas*, págs. 30, 31, 36, 43, 45 y 97, menciona familias de esclavos musulmanes en país cristiano.

Addabí, pág. 35. A la batalla de Alarcos acudieron multitud de comerciantes judíos para comprar esclavos. Almacarí, I, 279. En ella cayeron miles de prisioneros.

Almacarí, I, 263, 344 y 813. Redención de esclavos.

Abensaid manuscrito 223 r.º Abensigüar, de Lisboa, poeta famoso fué cautivado por cristianos. Tuvo que sufrir mucho hasta ser rescatado.

Abenházam, *Chámhara*, capítulo de la familia de Abderrahmen III. Un biznieto de éste, llamado Yecid, renegó del islamismo y se fué a país cristiano. Luego reingresó en el islamismo.

Tras la reconquista de Toledo y Zaragoza, multitud inmensa de musulmanes quedaron en país cristiano.

La comunicación por causas políticas fué muy frecuente, aparte de la que imponía el estado de guerra.

Embajadas. Almacarí, I, 223, 227, 235 y 252; II, 355.

Yo creo a los conocedores de la épica española les bastará fijarse un poco en esos restos venerables, de que hemos dado una muestra, para encontrar allá en el centro de Andalucía los precedentes de la épica posterior, precedentes que ostentan caracteres semejantes y lo bastante claros para evidenciarse de la continuidad de la tradición épica genuinamente española.

Pero esa épica española posterior, del poema del Cid y de los romances, se ha creído por muchos derivada de la francesa (1). Como la de España parecía más moderna, no es

---

El rey Ordoño muere en Córdoba. Dozy, *Histoire*, III, 104.

Príncipes cristianos se educan en corte musulmana. Dozy, *Recherches*, I, 215 y 216.

Moros y cristianos acuden a bodas de príncipes moros. Almacarí, I, 424.

El comercio del Mediterráneo fué también motivo de comunicación constante. Artículos de exportación e importación. Almacarí, II, 148.

Viajeros cristianos vienen a Andalucía. Los monjes Usuardo y Odilardo, de Saint Germain des Prés, en 858. Dozy, *Histoire*, II, 166. La monja Roswita, célebre poetisa latina de la segunda mitad del siglo x. Dozy, *Histoire*, III, 92.

Alarifes de Constantinopla y de todas partes trabajan en Medina Azahra. Almacarí, I, 380.

(1) Es de notar la insistencia y unanimidad de los más insignes historiadores franceses de la literatura en negar la existencia de antigua epopeya nacional en España y de adjudicarle origen francés, o explicar, por imitación francesa, nuestra epopeya, el cantar del Cid y los romances. Gaston París, *Histoire poétique de Charlemagne*, París, 1865, pág. 203, dice que España no ha tenido epopeya, e insinúa que «cantares de gesta» no pue de venir a los españoles más que de Francia, por ser palabra francesa. Léon Gautier *(Chanson de Roland*, pág. CXL), dice que todos los eruditos están de acuerdo en que el poema del Cid se compuso siguiendo como modelo canciones de gesta francesas. Joseph Bédier *(Legendes épiques*, II, 177) cree que Francia tiene epopeya cuando los demás pueblos eran bárbaros, divididos, im-

de extrañar que se cayese en la tentación de adjudicarle origen francés; sobre todo fijándose en que la épica francesa y la española tienen muchos caracteres comunes que podrían explicarse por un origen común; pero descubierta la existencia de una literatura popular romance española en tan remotos siglos, y siendo la francesa innegablemente posterior a la andaluza, ¿es de pensar que la francesa estuviese libre por completo de la influencia de aquella nuestra épica primitiva? Yo creo que será muy difícil probar la entera originalidad de la épica francesa, una vez demostrada la existencia de una literatura popular romance en Andalucía en el siglo IX (1).

Yo no quisiera hacer afirmación ninguna que no estuviese bien fundada. No puedo personalmente, por juicios propios, hacerlas, puesto que conozco muy imperfecta y ligeramente la epopeya francesa; pero cabe que exponga mis impresiones, ateniéndome, en lo técnico y delicado, a la autoridad de los más eximios historiadores de esa literatura.

De pronto salta a la vista en la epopeya francesa un fenómeno extraño: ésta no arraiga, ni siquiera aparece, en los países del sur de Francia, cercanos a provincias musulmanas españolas, donde los ecos de la estruendosa lucha con los moros pudieran repercutir suscitando ardores guerreros e impulsos épicos; sólo vive poderosa allá en el norte de Fran-

---

potentes, y que la literatura francesa ha debido inspirar todas las literaturas de Europa.

A nadie le ocurre que de España pueda venir influencia alguna que explique tales fenómenos, aunque los asuntos sean realmente españoles. Dozy busca el origen *normando* de algunas relaciones y del espíritu caballeresco (Nyrop, *Storia dell'epopea francese nel medio evo* (Torino, 1888), pág. 157). Véase *L'epopée castillane*, de R. Menéndez Pidal, cuyos trabajos constituyen la reivindicación más decisiva de la épica española.

(1) Gaston, obra citada, pág. 11. Aunque hay noticias de cantos franceses en el siglo VII al X, la épica francesa se contituye realmente en el siglo XI en el norte de Francia.

cia (1), donde la amenaza del peligro musulmán fué muy pasajera.

¿Y qué hechos son los que canta esa épica francesa del Norte? Pues canta... las luchas con los musulmanes de España, con ese tremendo enemigo del sur (2), cuando ese enemigo ya no podía ser temible para los franceses del norte, porque andaba ya de vencida combatido por los montañeses pirenaicos ¿No es esto cosa refleja, mediata, algo artificiosa y poco espontánea? ¿No indica que esa épica está movida por extraños impulsos, estímulos de emulación, competencia o imitación de otra épica producida directamente por el hervor de la lucha, en pueblo que realmente fuera el que interviniese activa y vivamente en los sucesos? Mientras se desconocía la existencia de una literatura anterior, pudo plantearse la cuestión de otro modo; pero ahora ya no tenemos más remedio que relacionar esas dos épicas. Para la comparación hemos de acudir a los venerables restos que hemos estudiado anteriormente, v. gr., al tipo narrativo de Izrac el de Guadalajara. Con él tenemos un individuo que personifica la especie (3).

Comparemos, pues, aquella épica primitiva con las épicas posteriores española y francesa.

La épica española primitiva no aparece como fría imita-

---

(1) En los países del sur, como Provenza, floreció el género lírico derivado de la métrica andaluza (vide mi *Discurso* citado, pág. 40 y sigs.).

No hay prueba de que la épica floreciese en tierras provenzales según NYROP, *Storia dell'epopea francese nel medio evo*.

(2) Lo que ha dado carácter esencial a la épica francesa es:

«La lucha de Europa cristiana contra los sarracenos, bajo la hegemonía de Francia.» «Carlomagno es el centro orgánico.» «Los enemigos son los musulmanes de España.» GASTON, *Histoire poétique de Charlemagne*, París, 1865.

(3) Nos autoriza a ello la consideración que expone RAJNA en *Le origini dell'epopea francese* (Firenze, 1884), pág. 283, en que dice: «Un individuo de una especie, descubierto en un estrato de la costra terrestre, denuncia la existencia de la especie.» Y luego aplica este criterio a la literatura.

ción de literatura extraña. Es narración de sucesos cuya memoria está muy fresca, puesto que de la realización del suceso a su inclusión en una crónica, apenas pasa un siglo, durante el cual hubo de forjarse la leyenda aprovechada por la crónica (1). En esto coincide con la castellana y en parte con la francesa de los siglos XII y XIII (2).

Se forma al hervor de la lucha en tiempos y lugares en que era muy viva. Coincide en esto con la castellana (3).

Los personajes son históricos (4). Lo mismo ocurre en la castellana y la francesa (5).

Late en aquella narración una idea política; un sentimiento público de protesta contra la feudalidad de los señores, en el anárquico desorden de la época, brillando el triunfo de la lealtad al monarca central. En esto coincide con la castellana y la francesa (6).

Los hechos principales son caballerescos: duelo entre campeones. Semejante a la épica castellana y francesa (7).

Si interviene la mujer es para excitar la emulación y el

---

(1) El historiador Abenalcutía, que narra lo de Izrac, murió en 367 de la Hégira. ALFARADÍ, biog. 1316. El emir Mohámed, en cuyo reinado ocurrió el suceso, murió en 273 de la Hégira. ADDABÍ, pág. 16. La diferencia: menos de un siglo.

(2) BÉDIER I, 8.

(3) El cantar del Cid está compuesto por autor que vive en lugares fronterizos a los musulmanes, en los sitios de los sucesos, no lejos de Guadalajara. M. P., *Epopée*, pág 119.

(4) Dozy y los demás historiadores de la España musulmana la han aprovechado como material histórico. Véase DOZY, en sus *Recherches*, 3.ª edición, II, 199, lo que dice de la poesia popular castellana.

(5) GASTON, 12. Relatos de sucesos reales que luego se poetizan o idealizan. NYROP, 357. La épica francesa se distingue de todas por su carácter histórico.

(6) GASTON, pág. 15. La fidelidad al soberano. BÉDIER, pág. 1.

(7) GASTON, 15. Gran papel del campeón. NYROP, 86 Guerreros sarracenos en combates singulares. MENÉNDEZ PIDAL, *Epopée*, recuerda que es usanza vieja entre musulmanes.

pundonor caballerescos, pero relégase a segundo término los lazos de familia y de amor. Este aparece sin refinamientos cortesanos ni románticos. Coincide en esto peculiarmente con la castellana y tiene sus semejanzas con la francesa más antigua (1).

La acción suele ser un episodio guerrero, a cuyo relato se va directamente, sin preámbulos, con naturalidad, ingenuidad y hasta con algún tinte local; se exponen las embajadas en forma directa, como en los trozos dialogados. Coincide en esto con la castellana y en parte con la francesa (2).

En resumen, es la andaluza una épica muy humana, en que no se apela, para dar interés artístico a la narración, a entes sobrenaturales, diablos ni genios, ni abstracciones, ni erudiciones. Se elige un acontecimiento de trascendencia y se le da un desarrollo natural y humano. En esto coincide con la castellana y la antigua francesa.

Aparte de estos caracteres generales, hay ciertos signos concretos muy dignos de ser notados.

En la épica francesa es frecuente adjudicar a un personaje francés hazañas que otro ha realizado (3). A Carlomag-

---

(1) NYROP, 348. En los más antiguos poemas la mujer ocupa puesto insignificante. Los héroes se ocupan sólo del gran problema: combatir. Salen mujeres, pero no dulcineas. GASTON, 15, poca intervención de mujeres. Sin embargo, en varios poemas franceses se verifica casamiento, como en el de Izrac, si bien como desenlace final, NYROP, 68, 87 y 145. MENÉNDEZ PIDAL, *Epopée*, 176. La presencia de la dama para exaltar el fervor guerrero.

(2) GASTON, 12. Hechos guerreros generalmente: mensajes, desafíos, muertes, venganzas, etc. La épica francesa se formó, según este autor, de composiciones fragmentarias, conservando siempre las huellas de ese carácter: la muerte de Rolando, la toma de tal ciudad, etc.

En las historias españolas de los musulmanes cada expedición guerrera lleva su nombre popular para designarla. Vide *Almoctabis*, de ABENHAYÁN, passim.

(3) GASTON, 431, afirma que es hecho extremadamente frecuente en la historia de las poesías transportar a un héroe los relatos de otro más antiguo.

no, personaje central de la epopeya francesa, le hacen correr aventuras que él no pudo correr y que hubieron de contarse seguramente de otros. Una de ellas tiene, para nuestro objeto, significación singular: sale desterrado de Francia para marcharse a la corte de un rey musulmán de España (1), en la cual vive como caballero desconocido; pero adquiere tal predicamento, que acaba por casarse con la princesa, hija de ese rey (2). Este episodio tiene todas las trazas de ser un injerto de otra narración de algún francés enterado de las cosas que sucedían en España. Realmente en España, como antes hemos referido, es frecuente adquirir alta posición social los guerreros de Europa (3).

Pero las que más me han llamado la atención son estas dos coincidencias (4). El rey musulmán más traído y llevado en la épica francesa, v. gr., en la *Chanson de Roland,* es

---

(1) Abenhafsún tuvo que huír de su tierra y pasar la juventud en Africa; sirvió después en la corte del Emir de Córdoba. Fortuno, un caballero navarro, pasó veinte años en Córdoba prisionero. Lo soltaron al fin. Vide *Primera Crónica general,* página 367.

(2) Gaston, 230; Nyrop, 84. Casamiento de caballero francés con hija de rey moro aparece también en las *Gestas de Elie*, Nyrop, 191 etc.

(3) Aljoxaní recuerda uno de esos casos. Un esclavo, mediante información de dos testigos falsos, adquiere la fortuna de su difunto patrono y se casa con su hija. La falta de escrúpulos del juez (que tiene fama de integérrimo) indica que el caso era frecuente en Córdoba, puesto que aun después de descubierta la falsedad mantiene firme su sentencia. También hay ejemplos de príncipes cristianos que van a educarse en corte musulmana. Dozy, en sus *Recherches*, I, 216 y 217, cita el caso del hijo de Alfonso III de León, que va a Zaragoza, corte de Muza.

(4) Hay otras muchas que no tendrán valor hasta que se acumule un gran número de ellas, v. gr., a Carlomagno le predice la Virgen María, al venir a España (Gaston, 280), cosa semejante a lo que Mahoma predijo a Taric (en sueños) al venir a España, Almacarí, I, 142.

precisamente el rey de Zaragoza, es decir, el rey que interviene en el relato de Izrac el de Guadalajara (1).

Y el apellido de Izrac el de Guadalajara, campeón musulmán diestro y valiente, que aparece en el manuscrito de Benalcutía en la forma *Mont* (y con el diminutivo *Montell)* se aplica en la épica francesa a un caballero sarraceno (2) y

---

(1) El rey de Zaragoza en la épica francesa es Marsilio El nombre árabe del monarca en el relato de Izrac es Muza. Así como del apellido de Izrac, *Mont*, se formó un diminutivo y aparece como tal en *Montell*, del mismo modo pudiéramos suponer que el apellido de Muza tuviera un diminutivo aragonés, *Muzello* o *Muziello*, el cual explicara por semejanza la forma francesa. En la épica francesa se emplean nombres alterados de personajes que vivieron mucho después de los sucesos, v. g., *Almacur* y *Amustant*

(2) Gaston 248. La coincidencia es más digna de notar sabiendo que los nombres de personas árabes que salen en la épica francesa no son inventados; suelen estar formados sobre nombres verdaderos o reales, aunque con variantes de la pronunciación vulgar: Abderrahmen unas veces se transcribe por *Bramant* o *Bramante* (Nyrop, 84); otras por *Desramé* (Bédier, *Legendes*, 77).

El nombre de Almanzor es *Aumaçor* (*Chanson de Roland*, LXVIII); Almostánsir título califal de Alhaquem II), es *Amustant;* y al califa le llama *algalifes*. Tales formas suponen, en los transmisores, conocimiento directo de la pronunciación vulgar. Saben que Almanzor y Almostánsir son títulos de dignidad. Es de presumir que fueran franceses que han estado en España, donde podrían conocer la épica popular española.

Se hace más evidente esa comunicación de europeos que han vivido en la España musulmana en algunas canciones de gestas que están más saturadas de influencias españolas, v. gr., en *Bueves de Conmarchis* par Adenés li Rois, canción de gesta publicada por M. Aug. Scheler. Bruxelles, 1874). El asunto de ésta es la toma de Barbastro Nombran al *Amustant de Cordres* (Almostánsir de Córdoba) y se da el nombre árabe a algunas damas, como Sororée que parece ser سرورية (dama de Malatrie, امة الثريا, hija del Amustant), Sor marinde, سرور امة الهند, etc.; pero sobre todo es notable que se aluda a los reyes *Rubións*, es decir, a los Omeyas de Córdoba, que son rubios (véase mi *Discurso* pág. 16), adjetivo

valiente que combate en España con Carlomagno, en las formas *Omont*, *Eaumont*, *Almonte* (1).

En resumen, en la épica francesa aparecen dos tipos históricos de la épica andaluza primitiva.

Es demasiada coincidencia para achacar el hecho a simple casualidad, sobre todo sabiendo que no es un hecho aislado (2). Porque las influencias orientales en la literatura narrativa francesa no son cantidad despreciable. Jeanroy confiesa (3) que «las historias que sirven de fondo a los *fabliaux* franceses *son casi todas de origen oriental*».

---

que no es fácil se le ocurriera sino a persona muy familiarizada con los asuntos españoles. El adjetivo *rubión* pertenece al dialecto romance que se hablaba en Andalucía.

Dados tales antecedentes, se comprenderá que no es irracional la conjetura acerca del nombre del rey Marsilio de Zaragoza, que hemos insinuado antes, como diminutivo del Muza, del romance aragonés, *Muziello*.

(1) Es decir, el mismo apellido precedido del artículo, unas veces del artículo árabe *al*, otras del artículo gallego o andaluz *o*. Rajna, pág. 263, cree que debe ser transformación del apellido germano *Egil-mund*. La palabra *mont* es tan latina y tan usada en Andalucía, que no es de creer que fuera germánico ese apellido.

(2) En la épica francesa salen multitud de guerreros musulmanes españoles, como el horrible Ferragus (que pelea contra los doce pares, Nyrop, 8), Fierabrás (Nyrop, 89), etc. Bédier (*Legendes*, pág. 88) cita a sarraceno gigante que sirve en Francia. Y hasta en *Chants populaires de la Bretagne* (Barzaz-Breiz), publicados por Vilamarqué, salen moros como caballeros famosos en Francia. Véase 4.ª edición, París, Léipzig, 1846.

Es frecuente el uso de vocablos y apellidos moros españoles, algunos de ellos con traducción del árabe. En la *Chanson de Roland* a la mujer de Marsilio unas veces le llama Brami*donie*, otras veces Brami*munde*, como traduciendo *donie* دنيا por *munde*, que es buena traducción. Así es como puede explicarse el *Tervagant* como traducción de الخضر, personaje mítico de los musulmanes, que va *errante por el mundo*, el cual aparece como dios musulmán en la épica francesa

(3) En su obra *Les origines de la poésie lyrique en France au moyen age*, pág. 11.

Ahora bien; lo que ha pasado casi inadvertido—por el deseo de adjudicar la influencia a relaciones directas o menos antipáticas, cuales son las del imperio bizantino (1)—, es que las influencias venían de España. Algunos cuentos orientales, antes de llegar a Francia, habían venido a España, de donde fueron exportados, llevando el marchamo indeleble de su viaje por la Península (2).

Por consiguiente, no es extraño que a la épica francesa hayan pasado elementos de la épica primitiva española, cuando las corrientes de la imitación empujaban en ese sentido. De España, nación la más civilizada de Europa en aquel entonces, partían las influencias científicas y artísticas; en Europa penetraron la teología y la filosofía musulmanas personificadas muy principalmente en Averroes (3) y en Avempace y Abentofáil, que eran españoles; el sistema lírico popular andaluz penetró en la Provenza; pasó la astronomía, la medicina, las matemáticas; pasaron cuentos populares, apólogos, ¿no pasaría nada de la épica popular andaluza, muy asequible a la población europea que vivía en España?

En la historia humana nada suele perderse: las corrientes de comunicación entre los pueblos se establecen unas veces por capas inferiores (4); otras por capas superiores; y mu-

---

(1) Gaston prefiere a veces decidirse por explicar los rastros orientales por comunicación con los bizantinos. Bédier, II, 177.

(2) En la obra *Fabliaux et contes des poetes françois des XI, XII, XIII, XIV et XVe siècle, publiés par* Barb-zan (París, Crapelet, 1808), pág. 107, y en *Anciens Fabliaux*, III, pág. 248, se inserta una narración oriental en que se adjudica a un musulmán español uno de los principales papeles del cuento: señal evidente de que la narración hubo de ser transmitida por narradores españoles; porque es procedimiento ordinario el aplicar los cuentos a la nación o gente entre quienes vive el narrador, para excitar mayor interés:

D'un Espaignol oï conter
Qui vers Mecque voloit aler, etc.

(3) Véase Asín, *Abenmasarra,* pág. 128.

(4) Véase un ejemplo de comunicación invisible o desconocida en la filosofía en *Abenmasarra,* de Asín, p. 118, y en general, p. 128.

chas veces por ambas al mismo tiempo. Puede alguna vez dudarse, cuando las corrientes van escondidas por las entrañas de la tierra, como las del Guadiana; pero hay que aceptar en esos casos que las huellas son señales o indicios de la corriente (1).

Abrese, pues, un camino nuevo a las investigaciones con el dato precioso de la existencia de una literatura romance en Andalucía. Lo que hace falta ahora es afinar el análisis de esos venerables restos y sondear las capas profundas de la civilización hispana. No se han estudiado aún los autores y las obras más genuinamente españoles y más originales, como las de Abenházam, que describe a Andalucía con ojos y gustos realmente españoles, apartándose de la tradición clásica de los árabes (2); los poetas populares apenas han comenzado a estudiarse (3); los místicos, en cuyas obras aparecen multitud de tradiciones populares antiguas, aún están sin explorar la mayor parte; y forman literatura ingente (4). Lo más íntimo de la historia social de la España musulmana está por esclarecer; por consiguiente las exploraciones en ese sentido prometen cosecha abundante y rica.

La curiosidad nos debe impeler en esa dirección, porque

---

(1) Rara vez y de modo esporádico se ha reconocido en pequeños pormenores. Nyrop (pág. 195) dice que en el poema *Anseis de Chartaque* se nota influencia de la leyenda de *Rodrigo y la Cava*. En el poema de *Ogier* se incluye la misma estratagema de que usó Teodomiro. Nyrop, 166.

(2) Ha comenzado ya a ser estudiado por Asín y menudean las ediciones de sus obras en El Cairo y en Europa. Hace poco se ha publicado su libro del Amor, *Tauk-al-hamama*, por el docto romanista y arabista D. K. Petrof, catedrático de la Universidad de San Petersburgo. Leyde, Brill, 1814.

(3) Yo intenté un ensayo al estudiar el Cancionero de Abencuzmán en mi *Discurso* citado.

(4) El Tortosí, en su *Lámpara de Príncipes*, inserta bastantes historietas, algunas de las cuales, por ser españolas, las tradujo Dozy. Véanse *Recherches*, II, págs. 61 y 62, 235, 240 y 242.

aún hay muchos problemas que no se han resuelto definitivamente en la historia de las literaturas europeas, los cuales no son ajenos a estos estudios. Los orígenes suelen ser lo más oscuro: el hecho mismo de utilizar la lengua romance una literatura, es fenómeno que se explica perfectamente en la España musulmana, cuya población, no sabiendo el árabe y habiendo tenido que despreciar el latín, lengua litúrgica de la religión abandonada, no tuvo más remedio que utilizar el romance familiar (1). En fin, lo cierto e indudable es que los andaluces hicieron literaria la lengua nacional, antes que los otros pueblos latinos de Europa (2).

Este solo hecho es bastante para que España ocupe un primer lugar en los orígenes del renacimiento literario de Europa en la Edad Media.

He llegado, señores Académicos, al final de mi disertación. No sé si habré sabido exponer mis ideas en forma que haya llevado a vuestro ánimo el convencimiento acerca de la importancia del estudio que he tratado de iniciar. Sea cualquiera la opinión que forméis, sólo desearía que fuesen benévolamente interpretadas mis intenciones de demostraros la gratitud con que he recibido el honor de vuestra elección.

He dicho.

---

(1) Si es verdad que la épica se debe a fermento de razas que conviven, como dice Gaston Paris, en su *Histoire poétique de Charlemagne*, pág. 3, en pocos paises podría ofrecerse el abigarrado conjunto, que se ofrecia en España, en aquel tiempo, de razas y religiones las más distintas y más encontradas.

(2) Es coincidencia notable: el primer dialecto romance de Italia que se hace literario es, según afirma Dante, el siciliano, es decir, el hablado en un país musulmán, como en España lo fué el andaluz y el gallego.

NECROLOGIA DE D. EDUARDO SAAVEDRA

Para trazar debidamente su biografía y dar noticia pormenorizada de su labor literaria y científica, fuera necesario escribir un tomo de más que regulares dimensiones: tal fué la fecundidad de su ingenio y la vasta y abundante aplicación de sus talentos y laboriosidad. Habremos de contentarnos con un brevísimo resumen de los principales hechos de su vida y ceñirnos, en la enumeración de sus obras, a lo puramente histórico, sin incluír su rica y variada producción en otros órdenes científicos.

Nació en Tarragona en 27 de Febrero de 1829. Su familia era modesta; su padre, militar.

Estudió la segunda enseñanza en Lérida; cursó en Madrid la carrera de Ingeniero de caminos, canales y puertos, que terminó en 1851; e hizo también la carrera de Arquitecto, cuyo título obtuvo en 1870.

Casó con doña Dolores Forner, nieta del literato Juan Pablo Forner.

Fué Profesor de la Escuela de Ingenieros, Director general de Obras públicas, Arquitecto del Ministerio de Fomento, Senador del reino (por elección de la Real Academia de la Historia), Presidente de la Junta consultiva de Obras públicas, Vocal de la Comisión consultiva de las obras del canal de Suez, Consejero de Instrucción pública, Académico de la Historia en 1862, de la de Ciencias exactas, físicas y naturales en 1869, de la Academia Española en 1878, Fundador y Presidente de la Real Sociedad Geográfica, Miembro honorario de la Arqueológica de Bruselas, Correspondiente

de la Real Academia de Ciencias de Lisboa y del Instituto de correspondencia arqueológica de Roma, etc.

Como ingeniero dirigió multitud de obras, entre las cuales se puede citar el ferrocarril de Palencia a Ponferrada; hizo los estudios de las vías férreas del Pirineo central; y asistió a la inauguración del canal de Suez. Se jubiló como Inspector de primera del Cuerpo de Ingenieros en 1900.

Fué hombre de extensísima y bien cimentada cultura; poseyó varias lenguas que hubo de utilizar como instrumento de investigación y estudio, no sólo en su carrera de ingeniero y arquitecto, sino también en su calidad de historiador, arqueólogo, numismático, economista, gramático y orientalista.

Tenía tal flexibilidad de atención y memoria tan feliz, que podía penetrar en todas las disciplinas como en campo propio.

Fué escritor culto, castizo, sin afectaciones ni rebuscamientos; exponía con claridad y nobleza de estilo.

Fué incansable en la labor: el continuo trato social en las cien ramas de su actividad, no le distraía de su trabajo asiduo en el gabinete.

Toda loable iniciativa que a su alrededor surgiera, tenía en él una ayuda o estímulo; y todo joven de mérito que a él se acercara, obtenía desde luego su simpatía y su protección. Por eso fué querido y respetado por hombres de todo rango, partido, comunión y clase.

Esa tan abierta generosidad con que se inclinaba a favorecer a todo el mundo, hizo que se prestara a colaborar en multitud de revistas y hasta en diarios políticos, escribiendo, acerca de las materias más variadas, artículos de mera vulgarización; pero aun en estas obras que, por lo circunstanciales, podían juzgarse efímeras, lograba, por la lucidez de su exposición y por su ingenio en buscar originales puntos de vista, dar a la materia tratada un interés permanente.

Su labor personal científica fué muy abundante y meritoria.

La lista más completa de sus obras la ha dado el excelentísimo Sr. D. Daniel de Cortázar, su íntimo amigo, en el *Dis-*

curso leído en la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, con motivo de la solemne entrega de la medalla Echegaray al Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra.

De esa lista hemos extractado los siguientes títulos de sus obras históricas:

Descripción de la vía romana de Úxama a Augustóbriga. —1 t. 4.° Madrid, 1860. En las Memorias de la Real Acad. de la Hist.—Reproducido por el «Noticiero de Soria» en 1891.

Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, en 28 de Diciembre de 1862.—Las obras públicas en la antigüedad.

Prólogo y capítulo 1.° de la Epigrafía romana de León, por el P. Fita.—León, 1866.

Bibliografía. —Antigüedades prehistóricas de Andalucía, por D. Manuel de Góngora. —Rev. de Obr. Púb. 1869.

Contestación al discurso de entrada de D. Juan Facundo Riaño en la Real Academia de la Historia, en 10 de Octubre de 1869. —La Política española en la Edad Media.

Joyas arábigas. —Museo Español de Antig. T. I. 1872.

La antigua ciudad de Murgi.—La Ilustración Española y Americana. Madrid, 1872.

Inscripción de Boñar. —Museo Español de Antig. Madrid, 1872.

Astrolabios árabes.—Museo Español de Antig. T. VI. 1875.

La historia de los amores de París y Viana, trasladada por un morisco. —Revista Histórica. T. III. 1876.

Inscripciones árabes de Badajoz.—Museo Español de Antig. T. VIII. 1877.

Inscripción árabe de Mértola.—La Academia. T. I. 1877.

Cuestión heráldica, las armas de España.—Revista Histórica. T. IV. Madrid, 1877.

Monasterio de Poblet. —Anales de la Construcción y de la Industria. Madrid, 1877.

El Alcorán.—Conferencia en la Institución libre de Enseñanza.—Rev. de España, 1878.

Discurso de entrada en la Real Academia Española el 29 de Diciembre de 1878. —La literatura aljamiada.

El cuadrante solar de Yecla y los relojes de sol de la antigüedad. —Museo Español de Antig. T. X. Madrid, 1878.

Contestación al discurso de recepción de D. Fidel Fita, en la Real Academia de la Historia, en 6 de Julio de 1879. —Dilucidando la revolución de los payeses de Remensa en el siglo xv.

El alhadiz del baño de Zarieb. —Cuento aljamiado.—Museo ilustrado, 1881.

La Geografía de España del Edrisí.—Bol. de la Soc. Geog. Madrid, 1881-1885.

La historia de la ciudad de Alatón.—Novela aljamiada.—Rev. Hispano-Americana. Abril, 1882.

Viaje de Ebno Batuta por España.—Rev. Hisp. Amer. 1.º Dic. 1882.

El estado de las ciencias en tiempo de Aristóteles.—Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en 1882. Anales de la Construcción y de la Industria, 1885.

Curso de historia: Oriente.—Revista Contemporánea, 30 Nov. 1882.

Antigüedades prehistóricas de Huelva.—Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid, 1882.

Informe sobre el Escudo de Armas de la Moneda.—Boletín de la Real Academia de la Historia. T. IV. Madrid, 1884.

Note sur un astrolabe arabe du Musée de Florence.—Comptes rendus du IV.e Congrés international des Orientalistes. París, 1884.

Excavaciones de Clunia.—Boletín de la Real Academia de la Historia. T. IV. Madrid, 1884.

Juicio crítico de la Numismática arábigo-española de D. Francisco Codera.—Bol. de la Acad. de la Hist. Madrid, 1886.

La cuestión de Andorra.—Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid, 1886.

Geografía árabe de Portugal.—Revista Archeológica. T. I. 1887.

La Romaiquia, reina de Sevilla.—La Ilustración Artística. T. VI, núm. 287. 1887.

Juicio crítico de Málaga musulmana, por D. Francisco Guillén Robles.—Bol. de la Acad. de la Historia. T. III. Madrid, 1888.

Juicio crítico de Antigüedades sorianas, por D. Antonio Pérez Rioja.—Bol. de la Acad. de la Hist. t. IV. Madrid, 1888.

Contestación al discurso de entrada de D. Antonio Sánchez Moguel en la R. Acad. de la Historia.—El antiguo regionalismo y las lenguas provinciales. Madrid, 1888.

Inscripciones árabes de la casa de Villaceballos en Córdoba.—Boletín de la Academia de la Historia. 1889.

Inscripción arábiga de Pechina.—Boletín de la Academia de la Historia. 1887.

Prólogo al libro de D. Joaquín de Gonzalez, titulado Fatho-l-andaluci. 1889.

Inscripción arábiga de Évora.—Revista Archeológica. T. III. 1889.

Los almorávides en España.—El Ateneo. T. II. 1889.

Juicio crítico de la Mauritania tingitana, por Mr. Tissot.—Boletín de la Academia de la Historia. 1889.

Juicio crítico del Tarij Mansurí, publicado por Amari.—Boletín de la Academia de la Historia. Madrid, 1889.

Schiaparelli. Notizie d' Italia.—Extracto de la geografía del Umarí.—Boletín de la Real Academia de la Historia. Pág. 99. 1889.

El ladrillo de Zamora.—«Recuerdo publicado en Soria». Madrid, 1890.

Inscripciones árabes de Xela.—Bol. de la Acad. de la Hist. T. XII. Madrid, 1890.

Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas.—Conferencia en el Ateneo en 1891, con motivo de la celebración del Centenario del descubrimiento de América.

Juicio crítico de la Tecmila de Aben Alabar.—Publicada por D. Francisco Codera. Bol. de la Acad. de la Hist. Madrid, 1891.

Dos inscripciones arábigas de la provincia de Almería.—Bol. de la R. Acad. de la Hist. Madrid, 1892.

Inscripciones arábigas de Elche.—Bol. de la R. Acad. de la Historia. Madrid, 1892.

El sepulcro de Almanzor I en Badajoz.—Bol. de la R. Acad. de la Historia. Madrid, 1892.

Aurora, reina de Córdoba.—«El Día», 14 Febrero de 1892.—Reproducido por el «Noticiero de Soria» en Abril.

Las campañas de Ordoño II en el país de Soria.—«Recuerdo de Soria». 1892.

El talayot.—Estudio de este género de antigüedades, publicado en el libro «Limosna». Madrid, 1892.

Estudio de la invasión de los árabes en España.—1 v. 8.° Madrid, 1892.

El monasterio de Gradefes, en la provincia de León.—Boletín de la Real Academia de la Historia. T. XX, 1892.

El reloj del sol de Acaz en la Exposición Histórico-Europea.—El Centenario, tomo 4.° Madrid, 1893.

Noticia bibliográfica del libro titulado Soria, por D. Nicolás Rabal.—Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid, 1895.

D. Pascual Gayangos.—Necrología. Ilustración Española y Americana. Madrid, 1897. 2.° semestre.

Note sur un astrolabe belga du XVI siécle.—III.e Congrés scientifique international des catholiques, 1897.

Introducción a la Colección de estudios árabes donde se establecen reglas fijas para la ortografía y la prosodia de los nombres árabes.—Madrid, 1898.

Informe del libro «Les Héthéenes ont-ils colonisé la Catalogne», por D. G. J. de Guillén García.—Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid, 1899.

Contestación al discurso de entrada de D. Adolfo Carrasco en la Real Academia de la Historia el 1.° de Julio de 1900.—Referente a la historia de las armas de fuego.

Juicio critico de la Historia de España de D. Rafael Altamira.—Revista crítica, 1900.

Note sur l'histoire de la resolution des équations cubiques.—Congrés international d'Histoire de Paris, 1900. 5.ª secc.

Contestación al discurso de recepción de D. Antonio Vives en la Real Academia de la Historia el 7 de Julio de 1901.—Algo referente a la moneda castellana.

Necrología del Dr. Emilio Hübner.—Boletín de la Real Academia de la Historia. T. XXXIX, 1901.

La Marina militar musulmana en España.—La Vida Marítima, número 2. 1902.

Discurso contra el art. 8.º del Proyecto de ley de garantías para la exportación de obras de arte, pronunciado en la sesión del Senado de 10 de Octubre de 1904.

Introducción al homenaje a D. Francisco Codera.—Biografía. Zaragoza. 1904.

Cuestiones de prosodia. Beréber-Almorávid.—Homenaje a D. Francisco Codera. 1904.

Prólogo al libro titulado «Poblet», obra de Adolfo Alegret. Barcelona. 1904.

La mujer mozárabe.—Conferencia dada en el Círculo de San Luis el 21 de Abril de 1904.

Pelayo.—Conferencia dada el 6 de Febrero de 1906 en la Asociación de Conferencias.

El árabe literario.—Publicado en la Revista «España en África». Abril, 1906.

Guadalete y Covadonga.—«El Universo», 26 de Enero de 1908.—Número 2423.

La bataille de Calatañazor.—Mélanges Hartwig Derenbourg. París. 1909.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO CODERA

Señores Académicos:

Sensible ha sido, para la brillantez de este solemne acto de recepción del nuevo Académico, que mis relaciones especiales con el recipiendario y con el ilustre compañero a quien viene a sustituír, me hayan como designado para darle la bienvenida, cuando tan pocas condiciones reuno para tales desempeños, pues ni siquiera puedo, por los achaques de mis años, leer personalmente este desaliñado discurso.

Aunque se han publicado varios esbozos de biografía del Sr. Saavedra por los que le han sucedido en las dos Academias hermanas, la *Española* y la de *Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* (sin contar lo que de él acaba de recordar el Sr. Ribera, que le reemplaza en ésta, y las que se publicaron a raíz de su muerte, y aun antes, por varias entidades literarias), creo que no huelga el que le dedique algunas palabras sobre sus relaciones con esta Real Academia y de un modo especial con los estudios arábigos.

Discípulo el Sr. Saavedra de nuestro común maestro el Sr. D. Pascual de Gayangos, con quien mantuvo constante e íntima amistad, hubo de ver con agrado mi traslación desde Zaragoza a la cátedra de Lengua árabe de la Central, en la cual tuve el honor de suceder en realidad a mi maestro después de varios años de interinidad. El Sr. Saavedra, por las ocupaciones propias de sus muchos cargos en su carrera de Ingeniero, no tuvo ocasión de dedicarse principalmente al estudio de las cosas árabes, a las que sólo pudo prestar atención secundaria en sus largos años de trabajo, aunque con gran cariño, alentando o ayudando en cuanto estaba de su

parte a todos los que nos consagrábamos a ellos de un modo principal o casi exclusivo, y creo que esta fué la causa de que, al llegar a Madrid el Sr. Ribera, pensara ya en proponer su ingreso para esta Real Academia.

El ejercicio de su profesión de Ingeniero de Caminos puso al Sr. Saavedra en condiciones especiales para estudiar las vías romanas y para conocer de *visu* la Geografía actual de las regiones por él recorridas, y quizá con esto se desarrolló en su espíritu la afición a la Geografía árabe española, de la que tantos enigmas aclaró, siendo de sentir que, por los muchos que aun le quedaban sin resolver, no hubiera pensado en publicar los abundantes datos que tenía reunidos, disponiendo además de los que durante muchos años había coleccionado nuestro maestro el Sr. Gayangos, y pudiendo contar en los cuarenta años últimos con los que yo iba anotando en mis lecturas, y que generalmente nos comunicábamos, hasta el punto de que, cuando le ocurría una solución, la consignaba en cédula especial para que yo la uniese a mi colección, que sabía no ser personal, sino destinada a la biblioteca de los arabistas de la Escuela Gayangos. De esta escuela era el Sr. Saavedra como el representante más autorizado, y en este concepto actuó, en realidad, en el primer tomo de la *Colección de Estudios Arabes*, publicada por los adictos a la escuela del Sr. Gayangos (cuyo retrato figura en la dedicatoria), presentándola al público en un prólogo que encabeza el primer tomo de aquella colección. En sus últimos años pensamos más de una vez en publicar los datos geográficos reunidos; pero ya era tarde: nuestra edad no consentía ya tal compromiso, por las arduas investigaciones que muchos nombres geográficos habían de exigir; y es tanto más de lamentar, cuanto que ha de ser ya difícil que otro alguno llegue a reunir las dos condiciones de *arabista* y *geógrafo* que reunía el Sr. Saavedra, indispensables para poder encontrar la solución de tales problemas de toponimia árabe-española.

Otro de los aspectos más interesantes y menos conocidos de la vida científica del Sr. Saavedra, es la ayuda y colaboración que siempre prestó a cuantos le consultábamos alguna cuestión, no limitándose a suministrar en el momento cuan-

to le sugería su vasta erudición y gran sentido práctico, sino que, aun después de acabadas las consultas, solo en su gabinete de trabajo, en la forzada inacción a que le condenaba su ceguera, meditaba en la cuestión que se le había propuesto y daba por fin con soluciones nuevas.

Cuando murió el Sr. D. Francisco Simonet, que apenas había comenzado la impresión de su obra *Historia de los Mozárabes de España*, premiada por esta Academia muchos años antes, dadas las condiciones en que quedaba el manuscrito, era poco menos que imposible el continuar y terminar la impresión de tan voluminoso y complicado trabajo. Nadie se dará por ofendido si digo que sólo el Sr. Saavedra era capaz de llevar a término semejante tarea de publicar un original, escrito con mala letra, con muchas tachaduras y adiciones al margen o en papeles pegados a las hojas, sin llamadas bastante claras y con abundantes citas, cuya remisión era insegura. Como los auxiliares del Sr. Saavedra no podían evacuar las citas de textos árabes, en algo le ayudé, y casi me remordía la conciencia de no haberme brindado a hacer yo el trabajo personalmente. No satisfecho el Sr. Saavedra con la publicación del manuscrito en las condiciones indicadas, echó sobre sí el peso de formar y añadir índices, muy pormenorizados, de materias y nombres propios, índices de los cuales he dicho, alguna vez, que representan gran parte del valor real de la obra del Sr. Simonet. Y esta inmensa labor del Sr. Saavedra creo que pasó casi inadvertida, como si se hubiera tratado de la publicación de un manuscrito que pudiera ser enviado a la imprenta en condiciones de editarse sin la intervención del autor.

Acrece el mérito del Sr. Saavedra en la publicación de la obra del Sr. Simonet la circunstancia de que en ésta abundan apreciaciones históricas, con las que no estaba conforme, y que, sin embargo, él no se permitió modificar, pues no era esta su misión, ya que la Academia había acordado que el Sr. Simonet publicase su libro, una vez vencida la resistencia que se había manifestado muchos años antes a que se publicase la obra premiada si el autor no introducía ciertas modificaciones, a las cuales nunca se prestó.

Por haber asistido el Sr. Saavedra a la inauguración del Canal de Suez, visitando parte del Egipto y poniéndose en relación con los indígenas en cuantas ocasiones se le ofrecieron, sabía por experiencia propia la utilidad que para comprender mejor la historia árabe tienen esta clase de viajes, ya que no sea hacedero el entablar relaciones íntimas con musulmanes. Por esto, al prepararse la Embajada del excelentísimo Sr. D. Arsenio Martínez Campos a Marruecos, concibió la idea de que uno de los arabistas fuese agregado a la comisión diplomática, y obtenido el beneplácito del Sr. Ribera, el Sr. Saavedra gestionó con el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret, ministro de Estado, que el Sr. Ribera fuese agregado como auxiliar, proponiéndonos ambos (pues el Sr. Saavedra obraba de acuerdo conmigo) el encargar al joven arabista que procurase ver y adquirir, a ser posible, libros manuscritos. El carácter oficial de su misión en tales circunstancias de nada le sirvió: tanto, que a las repetidas indicaciones hechas al ministro de Estado del Sultán por el Sr. Embajador, aquél se hizo el sordo, hasta que por fin contestó, que si el Sr. Ribera quería ver la librería del Sultán, se hiciera moro. Esto no obstante, el Sr. Ribera pudo adquirir algunos libros, por intermedio de judíos, y otras obras de mayor importancia, entrando como por sorpresa en una librería mora, a la cual ya no pudo volver después, porque al verle el librero, le cerraba el paso. Los libros adquiridos por el Sr. Ribera en la ciudad de Marruecos obran en la biblioteca de esta Academia y de ellos di cuenta detallada en el *Boletín* (1).

Sólo como una prueba más del interés y afecto que el señor Saavedra profesaba a los arabistas que trabajaban en mi casa, citaré un donativo especial para nuestra biblioteca, que ya estaba abierta a todos: por los años 1880 debió de tener el propósito de hacer algún trabajo como de toponimia española o cosa parecida, y, al efecto, extrajo multitud de papeletas de los libros de *Montería y de Caza de Alfonso XI*, de *D. Juan Manuel* y de *Pero López de Ayala*, anotando los

(1) Tomo XXIV. Número de Mayo de 1894, págs. 365 a 376.

nombres topográficos de los términos rurales mencionados al describir las cacerías; el número de papeletas pasa de *quince mil*, que sería curioso estudiar desde los puntos de vista histórico y filológico, a los cuales se prestan. Creyendo yo interpretar así la mente del autor, esa colección está a la disposición de los estudiosos.

*
* *

Y cumplido este, para mí, sagrado deber, que la amistad y el cariño me imponían, he de pasar a haceros la presentación del nuevo académico. Mas para ello me sería difícil emular con mi torpe palabra lo que dijo de él el excelentísimo Sr. D. Alejandro Pidal en el acto de la recepción solemne del Sr. Ribera en el seno de la Real Academia de la Lengua. A ello, pues, me remito, limitándome a mencionar los trabajos más especialmente históricos y de estudios arábigos debidos a su pluma.

Ya lo habéis oído: el Sr. Ribera proclama haber sido discípulo mío, por haber asistido a mi clase, cuando hace más de treinta años enseñaba yo lengua árabe en la Universidad Central, y aunque parece que podría yo gloriarme de ello, por mis particulares convicciones me permito insinuar una rectificación: el Sr. Ribera, por circunstancias especiales, no pudo asistir a clase en los primeros días de curso, y hubo de iniciarle en las primeras lecciones un su amigo íntimo, que había emprendido antes que él el estudio de la asignatura, el Sr. Meneu, profesor hoy de Lengua hebrea y accidentalmente de árabe en la Universidad de Salamanca. Resulta, pues, que no fuí yo quien inició al Sr. Ribera en los estudios arábigos, si bien, como él ha dicho, fuí la causa ocasional de su verdadera vocación; las causas efectivas de sus progresos en tales estudios fueron sus felices disposiciones y su asiduo trabajo: *suum cuique*. Con este motivo permitidme que os llame la atención sobre un hecho bastante vulgar: en general, los profesores, cuando tienen un discípulo que después llega a brillar o a ser una notabilidad, parecen creer que el éxito se debe a ellos, y alguno lo ha dicho casi terminan-

temente. Yo creo que la relación de magisterio cabe formularla de varios modos:—*Fulano sabe mucho y ha sido discípulo mío:* así, sólo se afirma la existencia de los dos hechos sin relación de causalidad.—*Fulano sabe mucho por haber sido discípulo mío:* lo insinúan pocos; pero pienso que lo creen muchos.—*Fulano sabe mucho, a pesar de haber sido discípulo mío:* esto no lo piensa nadie, aunque quizá sería la verdad en muchos casos.

Cuando el Sr. Ribera comenzó sus estudios arábigos, comenzaba yo también la temeraria empresa de publicar mi *Bibliotheca Arabico Hispana:* en aquel curso, aun auxiliado con muy buena voluntad e inteligencia por uno de los mejores discípulos de años anteriores, pudimos sólo publicar un fascículo de 108 páginas, pues yo, entendiendo muy poco de las cosas de imprenta, había adquirido una fundición de tipos árabes, y haciendo yo de cajista, instaladas en mi cuarto las cajas, fuí componiendo el texto y enseñando el oficio a mi antiguo discípulo Sr. Cuenca, quien comenzó a componer sobre el texto original, dedicando a esta tarea los ratos que le dejaban libres sus ocupaciones escolares y de opositor a cátedras: a fin de curso, me encontré sin auxiliar para continuar la empresa, pues mi aprendiz cajista había sido nombrado, en virtud de oposición, catedrático de Latín. Terminado el curso, al despedirse de mí el Sr. Ribera y su amigo, propúseles si en el curso siguiente querrían ayudarme en la empresa, y aceptada la proposición, al reanudar las tareas en Octubre, quedaron constituídos ambos en directores de la especie de imprenta árabe montada en mi casa, ya de un modo más amplio y con aumento de personal, que no faltó; pues el trabajo de cajista, sin ser muy pesado, producía lo suficiente para atender o ayudar a las necesidades de la vida estudiantil; así es que pasaron por la imprenta árabe varios de mis alumnos, que algunos llegaron a ser catedráticos o archiveros.

Como el Sr. Ribera, por sus mayores conocimientos de la lengua árabe, estaba en mejores condiciones para ayudarme en la corrección de pruebas, desde el primer día tomó a su cargo esta tarea, llenándola de un modo tan cumplido, que

al comenzar la publicación del tercer tomo de la *Bibliotheca*, creí de justicia el que figurase como coeditor, y en realidad a él se debió la lectura de muchos párrafos, que en el original estaban casi borrados.

La pericia del Sr. Ribera en paleografía árabe se manifestó bien a las claras en una visita de algunos días a la biblioteca del Escorial: habíamos examinado el manuscrito que contiene el *Almocham de Benalabar*, que nos proponíamos publicar, y como yo había emprendido la tarea de ordenar y clasificar en parte los muchos legajos de manuscritos sueltos árabes que se habían formado sin pericia alguna después de uno de los incendios, dimos con un legajo, que entre otras cosas sueltas contenía una hoja que se había desprendido del códice en cuestión al echarlos al patio en las prisas del incendio: al verla el Sr. Ribera, advirtió la semejanza o identidad de letra de la hoja con el códice indicado; para resolver la cuestión pedimos el códice, y comparados los datos que tomábamos, número de líneas por planas, alto y ancho de la caja, carácter del papel y de la escritura, no cupo duda de que el fragmento pertenecía a la obra de Benalabar, a la cual, de acuerdo con el Sr. Bibliotecario, se incorporó en lugar correspondiente (1).

En la labor de corregir las pruebas de los textos árabes fuí ayudado por el Sr. Ribera durante los cursos de 1882 a 83, 83 a 84 y 84 a 85, en cuyo tiempo pudimos publicar más de la mitad del tomo I de la *Bibliotheca Arabico-Hispana*, el tomo II y el III (2).

---

(1) De esto di ya noticia en la Introducción al tomo IV de mi *Bibliotheca Arabico-Hispana* (pág. XIX) al dar cuenta del estado del códice que había servido para la publicación.

(2) En 12 de Mayo de 1882 di cuenta a la Academia del contenido del primer fascículo publicado en este año (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo II, págs. 164 y sigs.). En 12 de Enero de 1883 pude dar cuenta del contenido del segundo cuaderno, indicando que teníamos ya impreso parte del tercer fascículo (en el mismo tomo del *Boletín*, págs. 215 a 217), de cuyo contenido di cuenta el 3 de Abril del mismo año (*Boletín*,

En Febrero de 1885, al comunicar a la Academia la impresión del tomo III que comprende la obra de Adh-Dhabi, dije refiriéndome al Sr. Ribera (*Boletín*, tomo VI, pág. 293): «Ante todo, cúmpleme manifestar que la obra de Adh-Dhabi figura publicada por el que suscribe y por su discípulo D. Julián Ribera; pues habiendo tomado éste una parte tan activa en la publicación, como la tomó ya en los últimos cuadernos de Abenpascual, no era razonable que figurara como mero auxiliar y que de él se hiciera sólo mención en el prólogo; por desgracia, obligaciones de familia le han separado de estas tareas, cuando estaba impresa poco más de la mitad de la obra, cuya ausencia, no sólo ha retrasado la publicación, sino que probablemente se hará notar por mayor número de erratas en la parte que no ha visto» (1).

---

tomo III, pág. 345 ponderando la relativa rapidez con que llevaban a cabo la composición del texto árabe los alumnos que me ayudaban en esta enojosa tarea. El 13 de Febrero de 1885 di cuenta de la impresión del tomo III, y posteriormente de los demás, a medida que, hechos los índices y el estudio, podíamos señalar lo más importante de cada tomo; los informes constan en el *Boletín de la Academia*.

(1) Aunque lo he consignado ya en otra ocasión, me parece oportuno decir algo práctico acerca de los manuscritos árabes del Escorial. muchos, quizá la mayor parte, están mal encuadernados, y como, en general, no fueron foliados, con facilidad resultan errores históricos graves; los copistas árabes pocas veces o nunca foliaban los libros al copiarlos; a lo sumo, numeraban los cuadernillos; y como por otra parte muchas veces envolvian los cuadernos en una cubierta de cartera, sin coserlos, con facilidad hojas o cuadernos enteros resultaban fuera de su lugar al arrojar a un patio los volúmenes en la confusión de un incendio, se comprende que muchas hojas y cuadernillos hubieron de desprenderse, y recogidos por quienes no los entendian, se colocaron en legajos sin más criterio que el del tamaño; después del incendio, escarmentados quizá con lo sucedido, encuadernaron los libros en el orden en que habian quedado, y lo que resultaba suelto, se reunió en unos dos mil legajos, pues la numeración llega a 1957; estas causas han debido de producir efec-

Con lo dicho queda explicado por qué el Sr. Ribera no figura como coeditor en los tomos IV, V, VI, VII y VIII de la *Bibliotheca Arabico-Hispana*.

Establecida por mediación del Sr. Gayangos en la Universidad de Zaragoza la cátedra de Lengua árabe, en lugar de la de Lengua hebrea que había vacado, la obtuvo por oposición el Sr. Ribera en el año 1887, y como yo seguía publicando la *Bibliotheca Arabico-Hispana*, acordamos continuarla en Zaragoza, adonde se llevaron los tipos árabes de nuestra propiedad. Ofrecíase, sin embargo, una dificultad, grave al parecer, que era la falta de cajistas para estos trabajos; pero había concebido el Sr. Ribera una idea muy práctica, que desde luego dió excelentes resultados: en vez de reclutar cajistas muy eventuales y transitorios entre los discípulos, como

---

to análogo en todas partes, pues en Túnez y Constantina hallamos el mismo desorden en dos manuscritos muy interesantes para nuestra historia árabe.

Dozy hizo cargos a Casiri por no haber advertido que en un texto que copiaba, se había pasado de la biografía de un personaje a la de otro; examinado el original que copió Casiri, resulta que el error, al menos se remontaba al original del cual se copió el códice del Escorial, pues en éste el tránsito está a mitad de página, y por lo tanto no era fácil que se ocurriese la sospecha de incongruencia (véase *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XX, pág. 535). El mismo Sr. Dozy fué víctima de un error análogo en cuestión que hubo de tratar varias veces con interés: los autores árabes que se conocen, admiten dos reyes de la primera dinastía de los reyes de Zaragoza en el siglo v de la hégira, y así lo consignó Dozy en la 1.ª edición de sus *Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le moyen age* (Leyde, 1849); en la 2.ª edición (1860), engañado, (según él mismo me confesó después) por un texto de Abenaljatib, que confundió en una las biografías de *Mondir I* y *Mondir II* sin hacer mención de *Yahya*, que sucedió a su padre *Mondir I*, admitió que no había habido más que un rey de la dinastía de los Tochibíes, y en la 3.ª edición (1881), aclarada la cuestión por las monedas de Zaragoza que le habíamos comunicado, admitió que habían sido tres los reyes de la dinastía de los Tochibíes.

habíamos hecho aquí, se propuso el Sr. Ribera enseñar los elementos de la escritura árabe a un cajista de imprenta, y puesto de acuerdo con un impresor, éste le facilitó uno de sus jóvenes aprendices, que gustoso se prestó a ir a clase de árabe en la primera temporada de curso, de modo que pronto se puso en condiciones de leer tan bien como los que habían cursado la asignatura, y trabajando en su oficio propio y durante muchos ratos, adquirió mayor facilidad en el manejo de los tipos y en la rapidez de la composición; tanto es así, que en poco tiempo el impresor hubiera podido imprimir textos árabes al mismo precio que los de lenguas con caracteres latinos; en estas condiciones publicamos los tomos IX y X de nuestra *Bibliotheca*, de los cuales figura como coeditor el Sr. Ribera (1).

Publicados en Zaragoza los tomos IX y X de la *Bibliotheca*, decidimos desistir de continuarla, no por haber agotado los textos publicables, que son muchísimos, sino por dificultades económicas y de otra índole, quedando los tipos en la imprenta para ser aprovechados en la *Revista de Aragón* y en la *Colección de estudios árabes*, que en unión de sus amigos había comenzado a publicar el Sr. Ribera.

Trasladado a Madrid, por concurso, nuestro nuevo compañero a la catedra de *Historia de la civilización de judíos y musulmanes* en el año 1905, cuando ya había obtenido por oposición la cátedra de Lengua árabe en la Universidad Central (vacante por jubilación solicitada de quien os dirige la palabra) su discípulo Dr. D. Miguel Asín Palacios, con quien compartía los cuidados de la publicación de la *Revista de Aragón*, ésta, con nuevos colaboradores, verdaderamente

(1) En dichos tomos, lo mismo que en los anteriores, puede observarse que una de las clases de erratas que en los libros árabes europeos son más o menos frecuentes, a saber, que el *uau* (و) conjunción aparezca como palabra monolitera, porque el cajista lo ha creido tal, y el editor o corrector no se ha fijado en ello, en nuestras ediciones, por el superior conocimiento de los cajistas, tal errata se hallará rara vez.

tales, se transformó en *Cultura Española,* para la cual se trajeron de Zaragoza los tipos árabes, y por el mismo procedimiento se amaestró a nuevo cajista de imprenta, que ha compuesto ya muchos textos árabes, entre ellos, uno publicado con traducción y notas por el Sr. Ribera, y del cual por su importancia habré de decir luego dos palabras.

*
* *

El Sr. Ribera no circunscribe su actividad en los estudios árabes y de erudición a cuestiones de detalle: tiene aptitudes, y las cultiva, para trabajos de más alto vuelo, como lo prueban, además de los artículos publicados en la *Revista de Aragón*, en *Cultura Española* y otras revistas, las obras siguientes, de cuya importancia me abstengo de hablar, ya que mi voto se rechazaría como apasionado y además como incompetente por tratarse en algunas de materias en gran parte ajenas a mis aficiones.

La enseñanza entre los musulmanes españoles. Discurso leído en la Universidad de Zaragoza en la solemne apertura del curso académico de 1893 a 1894. Zaragoza, 1893.

Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana. Conferencia leída en la Facultad de Medicina y Ciencias. Zaragoza, 1896.

Orígenes del Justicia de Aragón. Zaragoza, 1897.

La supresión de los exámenes. Zaragoza, 1900.

El Ministro de Estado en la cuestión de Marruecos. Zaragoza, 1902.

Lo científico en la Historia. Madrid, 1906.

La superstición pedagógica. Madrid, 1910.

Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Julián Ribera Tarragó, el 26 de Mayo de 1912. Madrid, 1912.

Manuscritos árabes y aljamiados de la biblioteca de la *Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas*, por D. Julián Ribera y D. Miguel Asín. Madrid, 1912.

Historia de los Jueces de Córdoba por Aljoxaní, texto árabe y traducción española (Madrid, 1914), publicada por

la *Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas* (*Centro de estudios históricos*).

Esta obra, de la cual sólo se conocía un ejemplar existente en la biblioteca de la Universidad de Oxford, había sido aprovechada por Dozy, quien la tuvo en poca estima, por cuanto el autor no era español y Dozy supuso que por ser casi oriental y haber estado en Oriente, había aceptado tradiciones forjadas por los sabios egipcios en aquellas apartadas regiones. Es verdad que narra tradiciones, no todas aceptables; pero también es cierto que Aljoxaní aduce el testimonio de autores españoles, siquiera sea sin especificar sus obras—de personajes contemporáneos—y de narradores de tradiciones, llamémosles *tradicioneros de plazuelas*. Es verdad también que algunas o muchas de las tradiciones o anécdotas referidas por Aljoxaní podrán no ser auténticas, y el mismo Sr. Ribera rechaza algunas importantes relativas a los primeros tiempos de la dominación árabe; pero lo importante en la tradiciones y anécdotas, verdaderas o falsas, aceptadas por vulgo y eruditos, está en que nos indican la mentalidad de dicho pueblo, y esto es lo que resulta del libro *Historia de los Jueces de Córdoba* por Aljoxaní; por eso el Sr. Ribera, al dar cuenta del contenido del libro, dice (página XIX):

«En una palabra, la crónica nos pone en medio de Córdoba en los tiempos del emirato, dándonos la impresión de la realidad, cual ninguna otra erudita o literaria es capaz de producir. Nos cuenta cosas fútiles, escenas vulgares, sin grandezas ni aparato de conjunto; pero esa inatención artística, esas descuidadas narraciones, consienten el estudio de fenómenos sociales, que en otras crónicas no aparecen siquiera esbozados ni aludidos.»

De mí sé decir que he leído con sumo gusto texto, traducción y prólogo, enterándome de muchas cosas de los moros españoles, de las cuales nada había visto en cuarenta años de manejar libros árabes: por demás está el consignar que esta obra de Aljoxaní debe ser leída por todos los que hayan de hablar de historia árabe española. Especialmente la Introducción o *Prólogo del traductor* tiene un interés espe-

cial, porque en ella, al dar noticia de la obra de Aljoxaní, se ponen de manifiesto, sintetizando los datos suministrados por el autor, cuestiones importantes de nuestra historia, entre otras, la de la lengua que se hablaba en Córdoba por cristianos y musulmanes, llegando el Sr. Ribera a la conclusión de «que la lengua romance, la nacional, era corriente en aquella época (siglos IX y X) entre los musulmanes de toda clase social, en la misma capital del islamismo», y naturalmente debe suponerse que lo mismo ocurría en todo el territorio dominado por los moros, aunque de ello no tengamos noticias especiales suministradas por Aljoxaní, ya que, dedicada su obra a la *Historia de los Jueces de Córdoba*, a esta población se refieren casi todas las anécdotas referidas por el autor. Por lo demás, tal predominio del romance era muy natural, y no debe extrañarnos la afirmación de que «a los musulmanes españoles les era muy difícil expresarse en árabe». A nosotros siempre nos llamó la atención, al examinar los manuscritos del Escorial, la existencia de tantos textos poéticos vocalizados, y atribuíamos esta particularidad de los textos árabes occidentales, lo mismo que la abundancia de comentarios sobre obras puramente literarias de Oriente, al poco conocimiento que los musulmanes españoles habían de tener de la más culta y erudita lengua árabe, llamada العربية, *Arabica lingua et elegans* (especialmente la hablada por los himyaritas, como indica Freytag).



La tesis desarrollada por el Sr. Ribera en el trabajo, que acabais de oír, como otras que constituyen el fondo de otros trabajos suyos y de otros arabistas modernos, tardarán en ser aceptadas, aun por los llamados *intelectuales*, por cuanto directa o indirectamente van en contra de ideas erróneas muy arraigadas de antiguo, siendo como la clave de muchas de ellas la idea de que *ninguna cosa buena puede provenirnos de los musulmanes.*

Prevención es ésta tanto más de extrañar, cuanto la Europa del Renacimiento no tuvo inconveniente en estudiar los li-

bros de los autores paganos griegos y latinos y en considerar como oráculos a Platón, Aristóteles, Séneca y tantos otros; y es que, cuando se han encontrado en lucha religiosa y guerrera, durante siglos, dos pueblos, como el cristiano y musulmán, es muy difícil que cada uno de ellos haya llegado a enterarse bien del modo de pensar de su adversario en todas las esferas de la vida. Prescindamos de examinar si los musulmanes se enteraron bien de las ideas de los cristianos; ¿pero se enteraron éstos de la religión musulmana? En modo alguno: durante toda la Edad Media se tuvieron en toda Europa ideas muy equivocadas respecto al islamismo, ideas que se han ido rectificando muy lentamente desde el siglo XIV (Concilio de Viena en 1311), y hoy de un modo más especial por los arabistas europeos (1); pero las rectificaciones tardan mucho en llegar y ser aceptadas aun por las clases intelectuales. Así no es de extrañar el ver consignado en libros recientes, nacionales o extranjeros, que el Alcorán prohibe la representación pictórica y escultural de seres vivientes, animales y aun plantas; lo reprueba, es verdad, alguna tradición más o menos respetada,

---

1) En la *Revue du Monde Musulman*, juin 1914, pág. 81, el señor L. Bouvat, al dar cuenta de los trabajos de Historia árabe que está publicando Leone Caetani, Príncipe de Teano, con motivo de tratar particularmente de su obra de vulgarización *Islam e Cristianesimo, L'Arabia preislamica, Gli Arabi antichi* (Milano, Ulrico Hoepli, 1911, gr. in-8, XV-459 p. Pr. 8 liras), dice conforme a las ideas del autor: «Durante largo tiempo, la Europa, enemiga o tributaria del Islam, ha tenido de éste y de su fundador una idea completamente falsa. No será lo mismo en el porvenir, gracias a los progresos de los estudios históricos, hechos de un modo más serio y más imparcial y sometidos a una severa crítica.»

Puede verse, en el mismo sentido, un excelente artículo, *L'Etude du mahometisme en Belgique*, escrito por M. Victor Chauvin y publicado en el *Bulletin de l'Academie Royale d'Archeologie de Belgique*, 1909, IV, págs. 127-145. El artículo da mucho más de lo que promete, y si no temiéramos excedernos, lo comentaríamos con mucho gusto; pero nos permitimos recomendar su lectura.

pero no el Alcorán Aun hay quien escribe entre nosotros que los *musulmanes odian a Cristo*, cuando los árabes no le mencionan sin añadir luego la fórmula *sobre él sea la paz*, como se añade después de los nombres de los patriarcas del Antiguo Testamento o de los grandes santones del islamismo.

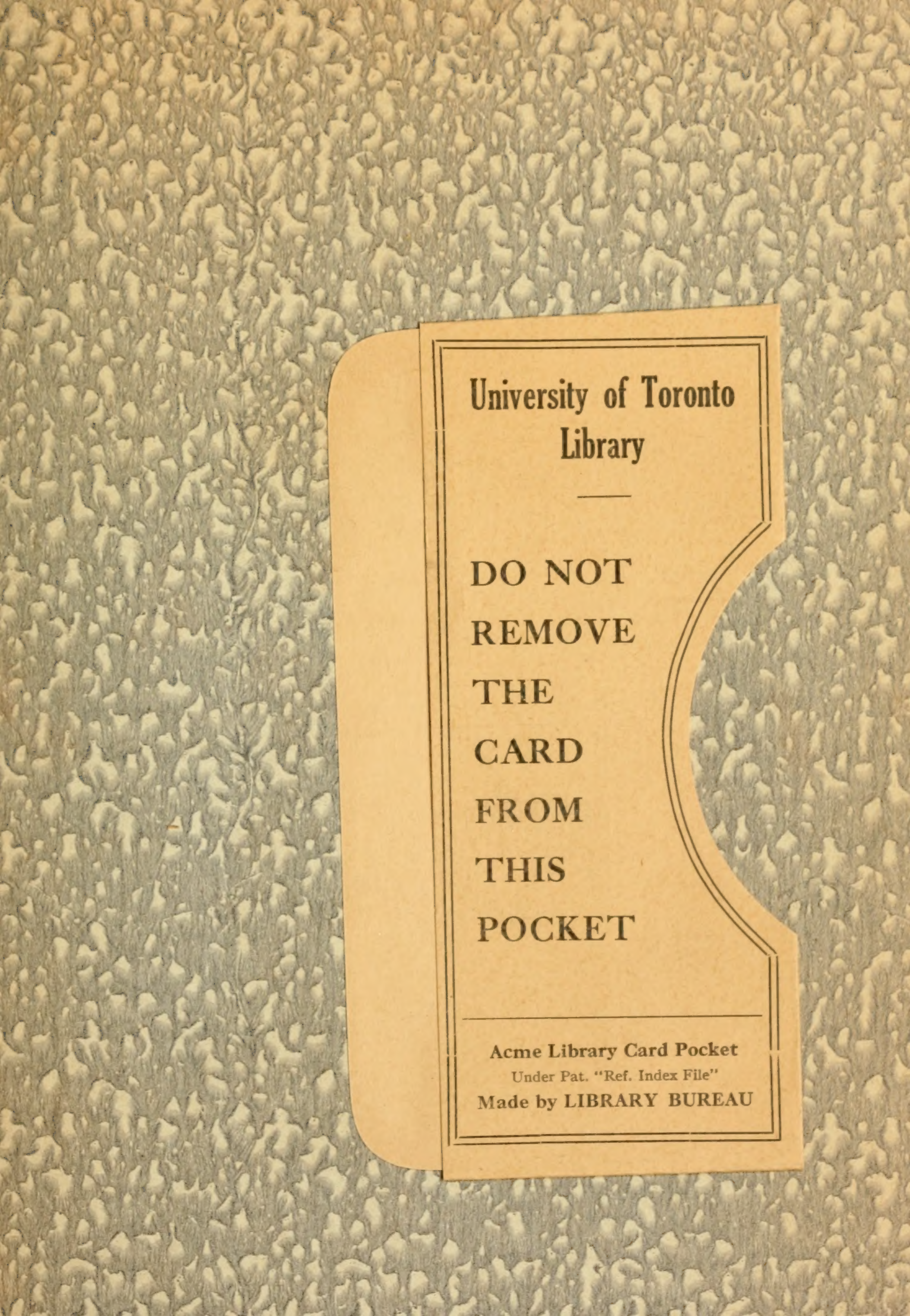
El desconocimiento de la religión musulmana por parte de los cristianos se nota hasta en los primeros polemistas contra el Islam: Alvaro Cordobés, en el siglo IX, a pesar de vivir entre musulmanes, resulta tan mal enterado de lo que dice el Alcorán o dijo Mahoma, que en su *Indiculus luminosus* hay párrafos que aplicados a la conducta de malos musulmanes pueden ser exactos, pero aplicados al Alcorán o a la doctrina musulmana teórica me parecen graves errores; y es que la fogosidad de la polémica y el prurito retórico de las antítesis llevaron al autor más allá de lo justo, hasta tergiversar en parte algo acerca del matrimonio, dando como doctrina de N. S. Jesucristo lo que, a lo sumo, fué alguna vez de disciplina eclesiástica (1).

De esperar es que, siquiera lentamente, vaya ganando terreno la rectificación de estos y otros muchos vulgares prejuicios acerca del islamismo; el nuevo Académico y otros arabistas trabajan con éxito en este sentido. Sea, pues, bienvenido al seno de la Real Academia de la Historia, en cuyo nombre le felicita cordialmente su ya antiguo amigo y maestro—si así se le quiere llamar—, y quiera el cielo que pueda seguir trabajando en las tareas de esta sabia Corporación tantos años como lo hicieron los Sres. D. Pascual de Gayangos y D. Eduardo Saavedra, a quien reemplaza el nuevo Académico.

---

(1) Consúltese el *Indiculus luminosus*, párrafo o número 33, en la *España Sagrada*, tomo XI, pág 271, párrafo que hube de citar ya en mi *Discurso* al recibir la investidura de Doctor en Filosofía y Letras en 1866, pág. 37.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

